

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 19 de Febrero de 1899.

Número 8



M. Félix Faure, Presidente de la República Francesa

† EN PARIS EL DIA 16 DEL ACTUAL.

(Véase la "Política General").

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Ahora que la Opera se despidе de nosotros, puede hacerse el balance de las obras que agradaron más en la temporada, y que indican ya, muy á las claras, que, en materias artísticas comenzamos ya á tomar definitivamente el camino del buen gusto: *Manon*, *Mignon*, *Carmen*, *La Bohemia*, Ah! particularmente *La Bohemia*!

Muchas veces me he preguntado: ¿á qué se deberá este delirio nuestro por la tierna ópera de Puccini? A la música, dulce y suave como el suspiro de un enamorado? Ciertamente que sí. Mas, antes que todo, y sobre todo, quizá, á la letra, al episodio, á la historia de esos muchachos cándidos y andaces que fueron nuestro ideal á los veinte años, y de quienes llevamos alguna muerta esperanza en el rincón de nuestras memorias juveniles. ¿No os parece?

Recordad la alegre y patética á un tiempo, la tragicómica aventura.....

—Tan..... Tan.....

He aquí que tocan en la noche en la bohardilla de los bohemios. ¿Quién será? El poeta se había quedado solo, y pensaba en muchas cosas melancólicas y en muchas regocijadas.

—La juventud pobre es una ánfora de risas y de lágrimas.—Los amigos no son, de seguro; esos no tocan atropelladamente; juran y blasfeman, y como piluelos, saltan y corretean por los pasillos. La banda bulliciosa, acaba de salir, ebria de dicha, rumbo á la fiesta callejera.

Los amigos no son. ¿Será la Musa? Esa tampoco: cuando llega, entra por la ventana en una ráfaga de luna, y, plegando las alas, se acerca á la mesa de trabajo, para decirle mil locuras al rimador, que él entreteje en las púas de cristal de sus canciones.

—Soy yo, vecino, ábrame usted; el viento apagó mi luz. Me haría usted la gracia de dejar que en la suya encienda la mía?

—Ah! es una mujer.—Entre usted, Señorita; nó, no importuna. Pero... ¿qué le sucede? Se pone usted pálida. La fatiga de la escalera; lo comprendo, se turba! Se desmaya! Dios mío, qué conflicto! Le rociaré con agua el rostro. Bah! Vuelve en sí. ¡Qué bella criatura!

—Muchas gracias, señor.

Y la muchacha enciende la luz y abre la puerta y se va; pero el viento—soplo picarresco—está muy alegre y se entretiene en hacer oscilar las dos llamas, la de él y la de ella, que, imprudentes, por verse los ojos se olvidan de las candelas. Tanto aletean las llamas por el pábilo, que al fin se apagan y quedan en plena obscuridad los distraídos. ¿Qué hacer?

La vecina se afiije. ¿Dónde dejó la llave de su cuarto? ¿Dónde? Y, á tientas, entre la sombra, se ponen á buscarla por el suelo. El la encuentra pronto; mas le ha entrado la tentación, y, para retener á la muchacha, oculta el objeto en la bolsa del gabán..... De repente se encuentran las manos

—¡Oh, qué manecitas tan lindas, murmura el pícaro.

—¿No parece? pregunta ella.

—No. La luna está cubierta por las nubes y ni á su claridad podemos recurrir. Esperemos un poco. Dentro de un momento alumbrará de nuevo y buscaremos. La ventana está abierta.

Y en espera de que salga la luna, se ponen á charlar: una charla en medio de las tinieblas, en una noche de primavera, una charla al principio frívola é insignificante, que llega al capítulo de las confidencias.

Las palabras comienzan á ser confusas, llenas de recurrencias; la voz baja; las frases se alternan con suspiros. Las manos, que se encuentran, concluyen el pensamiento que del corazón sube á los labios,

Por fin sale la luna. Pero ellos ya no quieren hallar la llave. Se han dicho las mil y tres tonterías del amor. Están en éxtasis. De pronto, se oyen abajo los gritos de los camaradas.

—Eh! Rodolfo, Rodolfo!

El poeta se asoma.

—Allá voy!

Mimí, entre risueña y turbada, se atreve, después de vacilar un instante:

—¿Y si fuese con vosotros?

—Pues, ven, Mimí.

Y así comienzan estos amores vulgares y sencillos, este idilio callejero, este poema tierno, al aire libre, en que los héroes son una griseta y un estudiante, una joven que hace flores de trapo y un poeta que rima sus fantasías y sus ensueños. A modo de coro griego, acompañan esta pasión, los bohemios, los vidadores de esta existencia encantadora y terrible que Henry Münger idealizó en su viejo libro: *Schaunard*, Marcelo, Colline, Mussette, en primer término, y en el fondo todo el barrio latino, con sus grisetas, sus cafés, sus callejas sombrías, sus casas altas, asimétricas, grises: sus tejados, láminas de un negro podrido que borra y blanquea la nieve en el invierno.

Es el Paris de 1830, el Paris de Musset, el alegre é inquieto Paris que tanto amaron los románticos, el Paris por el que suspiraba Theo, veinticinco años después en el granero de los Goncourt.

Rodolfo y Mimí se aman al día, á la buena de Dios, sin más cadenas que las de sus brazos, y sin más pacto que el que con sus besos sellan noche á noche, sobre los labios.

Pero Mimí está condenada á ser, como dijo el poeta latino: amada de los dioses. Morirá joven. *Los alfileres del frío* se le clavaron en el pecho, y por allí se le va á escapar la vida cuando se despida el Otoño, y caiga de los árboles melancólicos la lluvia de oro de las hojas amarillas.

La pobreza le ha hecho mucho daño á este ángel de buhardilla que, á la vez, reza oraciones y canta coplas, y en cuyo corazón piadoso y puro, cayó, gota á gota, la malicia. Rodolfo es celoso y Mimí coqueta. Su amor, como el mar, tiene flujo y reflujo. Se juntan y se rechazan, pero sin herirse jamás. Son dos tiernos.

Un día Rodolfo le hace una confidencia á Marcelo:

—Mimí está enferma: se me va. Mas su amor se ha ido antes que ella: no me ama ya.

Y, Mimí que lo oye, le dice:

—¿Eres celoso? Pues bien; amémonos todo este invierno. En primavera nos separaremos.

Y él acepta.

Cuando Mimí torna al nido de los bohemios, vuelve sólo para morir. Quiere espirar entre ellos. Su corazón latirá por última vez, allí arriba, en el cuarto de los estudiantes, bajo el techo de Rodolfo, en la atmósfera que aún está llena de cariños; allí es donde el viento, el frío y travieso viento, ¡ay! y también cruel, y también infame, apagó, primero su luz y después su juventud y su vida.

Y Mimí espira como lo desea: con un postrer capricho de coqueta, pidiendo un manguito para cubrirse las manos que tanto mordió el aire del invierno y besó Rodolfo.

Los bohemios rodean el lecho de aquella virgen encanallada que se transfigura en querub. Por bajo del corpiño de la *cocotte* se atren dos alas. La aventura termina unciosamente. La existencia de esos muchachos, vaso de vino, de ideales y de risas se llena de lágrimas. En el nido de las canciones se han abrigado los sollozos.

¿No es verdad que la sugestión de esta historieta, bordada con suaves melodías, es la que perdona sobre todo, las otras impresiones de la temporada?

Hugonotes, la grande y divina obra, maravillosa de inspiración y de fuerza no entra en nuestro espíritu como esta *Bohemia*, sutil y delicada. Es claro! La una sorprende y fascina: está lejos de nosotros y la vemos aparecer como una grandiosa pintura decorativa. Es un soberbio cuadro histórico, hecho á la manera de Kaulbach, con muchas figuras, muchos grupos, muchos brillos de seda, y un profundo y luminoso horizonte.

La obra de Puccini no es así; es un lienzo pequeño; un cuadro de género, pintado á la Meissonier, exquisito de sinceridad y ternura.... pero cómo acaricia la vista y el corazón, y cómo, en viéndole, se agitan en nuestra memoria todos los buenos recuerdos y humedece nuestros ojos una tímida lágrima!

Nos queda el Circo; los saltimbanco, las fieras amaestradas y.... Bell, Bell sobre todo, la risa sana, el clarín de la alegría.

Dime, Ricardo Bell, tú no has de haber leído las *Doloras de Campoamor*, aunque quién sabe, porque á veces me parece que eres instruido y culto. Pues si las has leído acuérdate:

Así, de prisa, de prisa,
Todo al vuelo, todo al vuelo....

Cualquiera diría que eso lo dijo el poeta mirándome escribir estas cuartillas. Yo quisiera hacer un libro sobre tí, porque lo mereces; y mira, sólo puedo dedicarte estos cuantos renglones. Has sido el héroe de los espectáculos en esta semana. Eres el juguete para los niños y la risa para el pueblo. Tienes el más amable de los talentos: el de la alegría.

En la calle, cuando te veo, me alza la sospecha de que estás triste y me entra una invencible curiosidad de preguntártelo: quisiera viajar por tu alma.

Eres inimitable pegándote cachetes, pero, además, eres un observador profundo: haces intencionadas caricaturas sociales. Tienes algo de Ursus. Tu mímica revela tu ingenio en la pantomima: no necesitas hablar para comunicarte con nosotros.

¡Qué desgracia, mi amado Bell; mira lo que es la suerte; debías ser Talma y eres Payaso!

Mas... confórmate; hay desdichas semejantes á la tuya; mayores si se quiere, porque no tienen, como tú en cada temporada, un *doble beneficio*.

El Mundo publica hoy un cuento, el primero del libro «Cuentos de Color» de Manuel Diaz Rodríguez, escritor venezolano, pulcro en la dicción y hondo en el pensamiento. Ese estilo suyo, limpio y refulgente como diamante de aguas puras, es el ropaje de una fantasía pródiga en sueños. Diaz Rodriguez es un cul-

to espíritu. Sus *Sensaciones de viaje* y sus *Romerías*, dan idea de una vida un poco vagabunda y melancólica. Recuerdan el verso del poeta:

Errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Leed el *Cuento azul*; es delicioso. Ved que Diaz Rodriguez es un amigo más para hacernos *confidencias de Psiquis*.

¡Y hay tan pocos amigos buenos en la vida!



Política General.

RESUMEN.—OTRA VEZ FRANCIA E INGLATERRA.—SEGURIDADES DE AYER Y TEMORES DE MAÑANA.—UNA DECLARACION DE M. LOCKROY.—LA GUERRA INEVITABLE.—RIVALIDADES COLONIALES.—LUCHA DE INTERESES.—EL PROBLEMA DE LA MARINA INGLESA.—PREPARATIVOS DE FRANCIA.—LA CONFERENCIA DEL DESARME.—SUFRACAZO PROBABLE.—LA NAVEGACION SUBMARINA.—NADIE RENUNCIA A SUS VENTAJAS.—LA LUCHA DE LOS PUEBLOS Y LA SELECCION NATURAL.—A ULTIMA HORA LA MUERTE DE M. FAURE.

A pesar de todas las seguridades que mutuamente se dan en lo oficial los gabinetes de Londres y París, proclamando ante el mundo la buena armonía de sus relaciones y el desvanecimiento de todos sus temores por las dificultades pasadas, síguese trabajando con inusitada actividad en los astilleros y arsenales de la Gran Bretaña y de Francia. Háblase de ciertas declaraciones atribuidas á M. Lockroy, ministro de marina en el gabinete de M. Faure, en las cuales se asegura la posibilidad de una guerra franco-inglesa en el transcurso de dos años.

Es que la derrota diplomática por el asunto de Fachoda no se ha olvidado en Francia; es que la dolorosa retirada de Marchand ha dejado profunda huella en el pecho de los patriotas, y la política de «alfilerazos» que los ministros ingleses han achacado á Francia no ha dejado de ejercerse por la misma Inglaterra, contra su vecina y rival; y en Egipto, en Terranova en el Extremo Oriente, en todas partes donde concurren intereses de los dos países, se exaltan las rivalidades, se avivan los odios, despiertan las ambiciones, y un incidente cualquiera puede dar ocasión á la ruptura de hostilidades.

Mal prevenidas las dos potencias rivales, concurren continuamente en sus tendencias y estorbándose en el desarrollo de su política colonial, no es difícil prever que las dificultades ocurridas á fines del pasado año continuarán sin interrupción, se sucederán unas después de otras, y en plazo no lejano estallaré el rompimiento quizá por el motivo más fútil.

La Gran Bretaña no ha de cejar jamás en sus pretensiones de dueña y señora de los mares; su orgullo tradicional la ha de llevar constantemente á pasear su pabellón triunfante por todos los ámbitos del globo; sus poderosas escuadras, que fatigan las ondas de todos los océanos, nunca soportarán que una rival se alce frente á ellas; las tendencias todas del gobierno británico han sido siempre, y serán en lo sucesivo, poder oponer con ventaja sus flotas en los mares á cualquiera combinación de escuadras enemigas.

La marina francesa ha tomado un vuelo inusitado; ha merecido preferente atención de todos los gabinetes republicanos; los partidos todos se esmeran por darle mayor brillo, no para satisfacer morbosas insinuaciones del orgullo, sino para defender las numerosas colonias cada día más florecientes, donde se derrama la actividad de la patria francesa, buscando en sus energías, mercados á la producción y materiales para la industria. Semejante desarrollo no puede ser visto con indiferencia por Inglaterra que siente de rechazo los efectos de ese desarrollo en la rebaja de sus operaciones mercantiles. Menos inquietantes para ella son los avances de Rusia sobre el territorio chino, la inundación de los mercados con la industria alemana, la competencia que le hace en las plazas de Oriente la producción japonesa; la alarman menos todos estos elementos que merman su explotación en territorios remotos y apartados, menos inquietantes son todos estos elementos, que el progreso de la marina francesa, y por tal motivo no sería de extrañar que, en un momento dado, hiciera explosión ese amontonamiento de materias combustibles que lentamente se han acumulado entre los intereses reales y positivos de Francia é Inglaterra.

La agitación interior de Francia, las amenazas de la reacción monárquica, las manifestaciones patrió-

ticas en contra y á favor de Dreyfus, la organización de Ligas entre los ciudadanos franceses, la conspiración sorda contra las instituciones militares que últimamente se ha manifestado: todo esto puede hacer creer que la república de Thiers y de Gambetta, debilitada interiormente, es incapaz de resistir un ataque del exterior. Si así lo creen los políticos ingleses, si los que predicán en el parlamento y en el club el odio á Francia juzgan la presente ocasión favorable á su política, pueden sufrir muy graves desengaños.

La República se prepara á la lucha y envía fuertes guarniciones á sus colonias próximas y apartadas; levanta fortificaciones en los puertos desguarnecidos; vigila constantemente el trabajo de sus maestranzas y arsenales; el sentimiento público, unido en una sola expresión, alienta y fortalece al ejército formado en treinta años de vida nueva y de educación regeneradora.

Todo hace creer que si la guerra estalla, Francia no estará desprevenida y podrá oponer una resistencia fuerte y tenaz á sus enemigos. En tierra cuenta con la nueva generación militar, amaestrada en el Tonquin, triunfante en Dahomey y cubierta de gloria en Madagascar. En el mar tiene á su disposición una flota respetable, suficiente para defender los puertos principales ó para establecer fuertes guerrillas en el mar y hacer daño aisladamente á la escuadra británica. Además, si no se malogran las esperanzas fundadas en la navegación submarina, para antes de dos años, podrá con flotillas de «Gustavo Zedé» y de «Narval», buques sumergibles capaces de resguardar un puerto, oponerse á las flotas más poderosas y hacer terrible daño á los monstruos de la marina inglesa.

**

Dados estos antecedentes que anuncian la inminencia de una guerra próxima, ¿qué esperanza hay de que se realice el pensamiento filantrópico del Czar? ¿Qué resultado práctico podrá tener la conferencia internacional del desarme, citada primero para San Petersburgo, anunciada después en Bruselas y hoy indicada en Amsterdam? ¿Qué espíritu podrá presidir las discusiones, cuando los ejércitos se hallan frente á frente y los buques de guerra con las calderas encendidas, para lanzarse en un encuentro formidable?

Indica el Czar, en su última circular diplomática á los gabinetes de las potencias, la necesidad de que se adopten en el futuro congreso de la paz resoluciones comunes para prohibir el uso de los explosivos modernos en caso de guerra, para desterrar el empleo de submarinos y para que todas las naciones se adhieran á las declaraciones del Congreso de Ginebra en cuanto se refiere á la guerra marítima. ¿Será posible que Francia suscriba las proposiciones de su aliada Rusia? ella que persigue en estos momentos la solución del problema de la navegación submarina, ¿renunciará de grado á un elemento poderoso que viene á nivelar las fuerzas de las naciones beligerantes en guerra naval? ¿Renunciará por ventura á sus conquistas en el fondo del mar, á los adelantos asombrosos que le prometen sus oficiales técnicos y serán, caso de realizarse, una verdadera revolución en la ciencia de destruirse cordialmente los humanos?

Mucho lo dudamos. Primero parecía que las viejas rivalidades y antiguos odios entre Alemania y Francia serían el obstáculo principal que se opusiera á la idea humanitaria de Nicolás II. Alsacia-Lorena, levantándose como sombra fatídica, anunciaba ser la nota dolorosa entre las predicaciones de concordia del autócrata moscovita. Los episodios del Sudán y de Egipto, la evacuación de Fachoda y la retirada del explorador Marchand han venido á revelar un nuevo estado de cosas. Las ráfagas de inquietud y de hostilidad no soplan del lado de los Vosgos, azotan con rugidos de tempestad el mar de la Mancha, y levantan montañas inaccesibles de rencores y de ambiciones entre dos grandes pueblos en el occidente de Europa, que han significado, por mucho tiempo el progreso y la grandeza de la raza humana.

**

Pero tal es la condición de esta inacabable lucha por la existencia, que se manifiesta con idéntica crueldad entre las especies inferiores que entre los grupos supraorgánicos que forman las modernas sociedades.

Acudirán á la ciudad comercial de Holanda los plenipotenciarios de las naciones fuertes y de los pueblos débiles; se dejarán oír en las conferencias de Amsterdam la voz del Czar predicando la paz y aconsejando el desarme—de los otros—la palabra serena de los filósofos y la frase persuasiva de los publicistas hablarán de concordia y de unión; y entre esos cánticos á la fraternidad universal, entre esos himnos triunfales á la unidad de tendencias del humano linaje, y de los pueblos civilizados, encargados de llevar la Buena Nueva á los confines del globo, se escucharán los gritos de odio tradicionales, los rugidos de ambiciones históricas, las imprecaciones de rencores de raza; y los que soñaban, los que esperaban con ansia el reinado de la paz, sentirán caer una á una sus ilusiones en flor, porque á ella se oponen las naturales condiciones de los pueblos en eterna lucha, engendrando á guerra, unas veces como manifestación morbosa de

las sociedades, otras veces como instrumento de progreso para eliminar á los débiles, á los incapaces, á los rezagados, por medio de terrible y espantosa selección.

Triste y dolorosa condición de la raza de Adán.

**

P. S.—Como si el destino quisiera ensombrecer más las dificultades que pesan sobre la República latina del centro de Europa; como si un hado impío se complaciera en amontonar dolores y sembrar zozobras en la tierra bendita que fecundaron tantos mártires con su sangre, que tantos poetas cantaron con sus liras y tantos apóstoles animaron con su palabra; como si no hubieran de terminar jamás el período de prueba por que atraviesa Francia, desde que el 4 de Septiembre de 1870 se despojó de los raídos arambles del cesarismo, para ceñir la névea túnica de la democracia: un nuevo motivo de congoja hay ahora para el alma-mater de los modernos pueblos latinos: M. Félix Faure, Presidente de la República Francesa, acaba de morir.

Francia está de duelo; respetemos su justo dolor, y sobre la tumba del ilustre plebeyo, ante el sepulcro del que supo consolidar la alianza franco-rusa, esperanza y luz de los amantes de la paz, depositemos nuestra corona de siemprevivas. *Que Dieu proteje la France!*

Febrero 16 de 1899.

*Luís
Pina Chigay*

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

La Exposición de Bellas Artes, notabilísima en su género merced á la innovación introducida en ella de exhibir cuadros de pintores españoles en una sección especial, ha sido el acontecimiento artístico más importante de los últimos tiempos en la Capital y si se persevera en la idea de incluir en lo futuro una ó varias secciones extranjerías en esos certámenes, mucho se hará por la educación del gusto público, por la objetiva enseñanza de nuestros artistas y por la creación de un centro de movimiento artístico entre nosotros.

Cuando se recorren los salones de la Academia de Bellas Artes se discernen tres de las principales tendencias que solicitan el arte moderno y de las grandes corrientes que lo impulsan. Esas corrientes y esas tendencias son: una constante preocupación por lo verdadero; una inclinación acentuada por trasladar al lienzo los más delicados matices de la pasión ó de la idea, es decir, una propensión psicológica dominante, y por último, un casi constante sacrificio del resultado al procedimiento, una preferencia marcada por la técnica, por el *modus faciendi*.

A estas tendencias, de las cuales la primera sacrifica á menudo lo bello á lo verdadero, la segunda propende á pintar almas y no cuerpos, ideas y no cosas, y la tercera á transformar el arte en un diletantismo pedantesco ó en un malavarismo ridículo, se opone un empuje retrógrado que aspira á resucitar el prerrafaelismo y volver á los procedimientos y á las concepciones sandias, pero sinceras: infantiles, pero delicadas; inocentes y simples, pero conmovedoras, de otra edad, de otras circunstancias. De esta última tendencia no encontramos huella en la exposición; pero sí de las otras.

El amor á la verdad, que en literatura lleva el nombre de realismo ó naturalismo, se revela en la plástica por un estudio detenido y científico de las formas y de los colores, por una traslación fiel de las fisonomías y de las actitudes, por un agrupamiento sabio y bien estudiado de las accesorios, de las arquitecturas, del atrezzo arqueológico, de la indumentaria, del mobiliario, etc. Dentro de esta escuela, para pintar un árbol hay que ser botánico, para dibujar un animal hay que profundizar la zoología, para esculpir un Hércules ó una Diana es forzoso impregnarse de anatomía y fisiología. No se diga, cuando se trata de interpretar un suceso histórico ó un episodio legendario! Museos, bibliotecas, ruinas, excursiones, consultas y compulsas, bastan apenas para dotar al pintor del material ó instrumental necesarios para bosquejar la Toma de Granada ó la Muerte de César.

Alcanzada la perfección del género se llega, en el retrato, á la fotografía colorida; en el paisaje, al herbario; en la pintura histórica, al museo de antigüedades; en la escultura, al anfiteatro. En este orden de ideas descuellan como los mejores especímenes del género en los salones de San Carlos: «La Lista de la

Lotería» de Joaquín Tejada en la que todo, actitudes, expresiones fisonómicas, trajes, arquitecturas, es de una verdad palpante; casi todas las cabezas de estudio del mismo autor; las frutas y legumbres de esa ensalada de Noche Buena llamada «El Mercado de Sevilla» de Ricardo López Cabrera en que el polvillo de la uva, el aterciopelado del durazno, el satinado del gitomate, llaman la atención por su fidelidad y exactitud; los dos cuadros de A. G. Prieto: «Portico del Palacio Ducal de Venecia» y «Palacio» en la misma ciudad; la sección de hidroterapia de las «Escenas de Fábrica» de Benedito, en las que la figura de la extrema izquierda del cuadro ofrece un relieve y un escorzo de brazo dignos de todo aplauso; y entre las marinas, dos efectos de luna, la «Vista en Bayona» y sobre todo la «Noche de luna en Vigo» que es una verdadera joya. Hay en otros cuadros manifestaciones estimables de este modo de concebir la pintura: los paños y los tapices de la «Canción árabe» de Luis Gasch; la dama y su traje de la «Visita del Colono» de José Garnelo.

Este culto por la verdad no era la preocupación dominante de los pintores del Renacimiento, salvo en Flandes, y suele verse á La Virgen flanqueada de pajarillos venecianos, vajilla china en las Bodas de Canaan, Stradivarius en manos de los ángeles y otras lindezas que no toleraríamos á nuestros contemporáneos. Digámoslo de una vez: lo verdadero es tan sólo un elemento del arte; pero no es todo el arte; además y en el fondo, lo que damos en llamar la verdad en el arte no es más que cierto género de convencionalismo. Para cerciorarse de ello ha sido necesario el descubrimiento de la fotografía instantánea; comparando las instantáneas sucesivas de un hombre andando, de una ave que vuela, de un caballo que corre, se adquiere la certidumbre de que ni dibujantes, ni pintores ni escultores han reproducido las actitudes positivas y reales del ser en movimiento, sino una especial, convencional que no es ninguna de las que sorprende y reproduce la cámara fotográfica.

Pero sea de esto lo que fuere, lo que es indiscutible es que el exceso de realidad, la meticulosa y rigurosa observancia de lo verdadero, daña, en general, á la obra de arte y que se necesita positivo genio para seguir siendo artista cuando se siguen los procedimientos del naturalista. Dentro de lo falso existen incontables obras maestras y producciones admirables del arte: Las mil y una noches, los cuertos de Perrault, las fábulas y mitologías, en literatura: las sirenas y tritones de Rubens, formando cortejo á María de Médicis, los ángeles y las aureolas, los celajes y luces celestiales de los cuadros místicos en la plástica; dentro de lo verdadero son contados los genios y sus creaciones; Rembrandt y Shakespeare realizan el prodigio de poder hacer á la vez verdad y belleza, con los cuerpos el uno, con las almas el otro.

La dosis de verdad y de ficción, los tantos de observación y de fantasía que deben entrar como ingredientes en la obra de arte sólo los encuentran los verdaderos genios; los talentos inferiores toman por uno ú otro de los dos atajos, y ó copian ó extravagan, y ó calcan ó deliran; ya veremos en la Exposición, ejemplos de una y de otra cosa.

No es menos poderosa que ésta la segunda de las enunciadas tendencias. Los griegos esculpieron cuerpos y se preocuparon de las formas materiales antes que de las almas que las animan; igual camino siguieron, en general, los artistas del Renacimiento. Los modernos, á través del cuerpo quieren pintar el alma; la expresión, la actitud, los accesorios han de revelar qué piensa el personaje, cómo siente, si ama ó aborrece, si goza ó sufre, si sueña ó calcula; en los ojos se ha de poder leer todo el drama interior: el combate de las ideas, en el fruncimiento del ceño; la lucha de las pasiones, en la crispación de la fisonomía; el desbordamiento de las amarguras en la contracción de los labios. En la pupila de Colón ha de mirarse el Nuevo Continente; en la frente de Darwin reflejarse el «Origen de las Especies.»

Dentro de este criterio estético, el problema es el siguiente: dado el retrato, por ejemplo, de Don Matías Romero, dejar ver claramente que él es el autor de la inmortal «Memoria de Hacienda» y permitir al espectador formar juicio exacto de la profundidad de sus cálculos financieros. El problema psicológico en pintura y escultura, dentro de ciertos límites, es resoluble y el principio es sano dentro de condiciones que limitan su aplicación; llevado á la exajeración es un rompe cabezas sin solución posible.

La plástica, como la música, tiene medios limitados de expresión; no alcanza á pintar las ideas puras, y si tan sólo los tipos fundamentales de las pasiones sin llegar á sus matices más delicados. Imposible es una sinfonía sobre el *Cuadrado de la hipotenusa*; absurdo un cuadro que pinte las maquinaciones del jesuitismo, ó la regeneración de la humanidad según A. Comte.

Cuando se olvidan estas inevitables restricciones se llega en pintura al geroglífico. Ejemplo patente de ello es «La Huelga de modelos» de Antonio Muñoz Degrain. El pintor representa media docena de majas al rededor de una mesa, en un bazar con honores de taller; un fantasmón largo y escueto como un plumero pinta en el muro un toro, un matador y rútolos de *Olé Salero! Viva la gracia!* Qué quiere de-



SR. GRAL. IGNACIO R. ALATORRE.
Murió en Tampico el día 17 del corriente

¿Por qué esa, y qué relación hay entre el cuadro y su título? Cavilando un poco se discierne que las majas son las modelos, que han rehusado desnudarse y hacer la pose y que el pintor se entretiene y las divierte haciéndoles la crónica gráfica de la última corrida.

Esta suposición viene por tierra; el fantasmón no puede ser el pintor; sus dibujos son absurdos aun como bosquejos y dignos del lápiz de un recién nacido. Lo probable es que el plumero que está dibujando, sea modelo también y que en ausencia del pintor se divierte y distraiga á sus compañeras emborronando las telas de su patrón. ¡Pero entonces el cuadro debería llamarse «Huelga de un pintor» y no de sus modelos! Muñoz Degrain erró gravemente y doblemente, porque intentó pintar sin lograrlo no lo que piensan los modelos sino lo que él mismo pensó que estarían pensando. Convertido ese pensamiento en acción el cuadro era posible: el taller, un cuadro bosquejando un grupo de mujeres desnudas, las modelos desnudas ó semidesnudas, porque si no, no son modelos, si-

no simples mujeres, juegan, retozan, se esconden, toman sus ropas, y el pintor desolado sin poder continuar su obra, hubiera sugerido la idea de una huelga de modelos. Tal como está concebido no merece otro nombre que el de «Crónica Taurina» y todavía...

Otro prodigio del género es el retrato de Urueta por Fúster. Se necesita tener envidia al efebo y odio al poeta para haberlo calumniado y vilipendiado así; me equivoco, lo que se necesita para pintar esas extravagancias es aspirar á un poder de expresión psicológica que está vedado á la pintura. Veámoslo despacio: Urueta tiene un gran talento, especialmente poético, y su temperamento es melancólico, dulce y soñador; aunque á veces pierde los estribos y padece épicas indignaciones, su índole y su temperamento son otros y contrarios. He aquí los datos del problema, —se dijo Fúster,— trasladémoslos al lienzo. ¿Cómo dar idea de que Urueta tiene un gran talento? Sencillamente, pintándole una gran cabeza; es tan voluminosa la que Fúster ha atribuido á Urueta, que la cara termina ridículamente en punta, los parietales se separan de un modo alarmante, el frontal va á estallar, si fuera permitido *tocar los objetos* se sentirían las mulleras abiertas y las suturas desacuadradas propias de los recién nacidos y de los hidrocefalos; es un caso típico de hidrocefalia digno de ilustrar un tratado técnico.

Mirada lánguida y vaga, párpado ligeramente entrecerrado, pupila profunda y misteriosa, tal es el cliché para representar al melancólico y al soñador; pero, inconsciente de los matices y de los grados, Fúster hinchó los párpados, *extravió* la pupila, cerró casi los ojos y resultó que en vez de Urueta soñando, nos pintó á Urueta durmiendo. Otro ejemplar: «La Religiosa, Recuerdos del Mundo» de Ripari: una monja, rosario en mano y los brazos descansando sobre una balastrada, aspira á dirigir una mirada oblicua é impregnada de sobreentendidos psicológicos á un hacinamiento de amapolas que tiene al lado y que simbolizan, y es mucho simbolizar, el mundo, como el rosario, con más propiedad, simboliza el claustro. La oblicuidad de la mirada, la languidez de los párpados, impiden ver el globo del ojo; la monja, por esa circunstancia, así como por el abandono general de todo su cuerpo y la vaga y casi voluptuosa expresión del semblante, parece, como Urueta, dormir y se necesita media docena de explicaciones y considerandos para no creer que el cuadro se llama: «La siesta de la monja» y para llegar á admitir que representa otra y más profunda idea. La cuestión de los matices! dos veces seguidas el pintor psicólogo por expresar la vaguedad y la melancolía no logra sino dormir á sus personajes.

Cuando el pintor psicólogo tiene el talento bastante para convertir en acciones las ideas y pasiones de su personaje, llega á la pintura dramática, más clara, más comprensible, más plástica y sugestiva que la otra. Abundan las expresiones de este género de pintura en la Academia y los más característicos son «El duelo interrumpido» de Jorge Ohnet, ó que diga! de José Garnelo y las «Razones de Fuerza» de Luis Beat, que con gusto firmaría Ponson du Terrail.

DR. M. FLORES.

(CONTINUARA)



SR. GRAL. MANUEL SANTIBAÑEZ.
Murió en Cuautla el día 15 del corriente.

Dos veteranos del ejército.

Dos soldados de la República, dos patriotas, murieron esta semana.

Los Generales Don Ignacio R. Alatorre y Don Manuel Santibañez figuraban honrosamente como constantes y valerosos combatientes, defensores de la Patria.

El Mundo Ilustrado honra sus columnas con los retratos de estos distinguidos mexicanos.

El Casino Francés de México

Publicamos dos vistas interiores de este centro recreativo, uno de los más simpáticos de la Capital. El sábado 12 del corriente dió la colonia francesa un gran baile de fantasía en su casino, y según las reseñas que tenemos á la vista, la fiesta fué lucidísima.

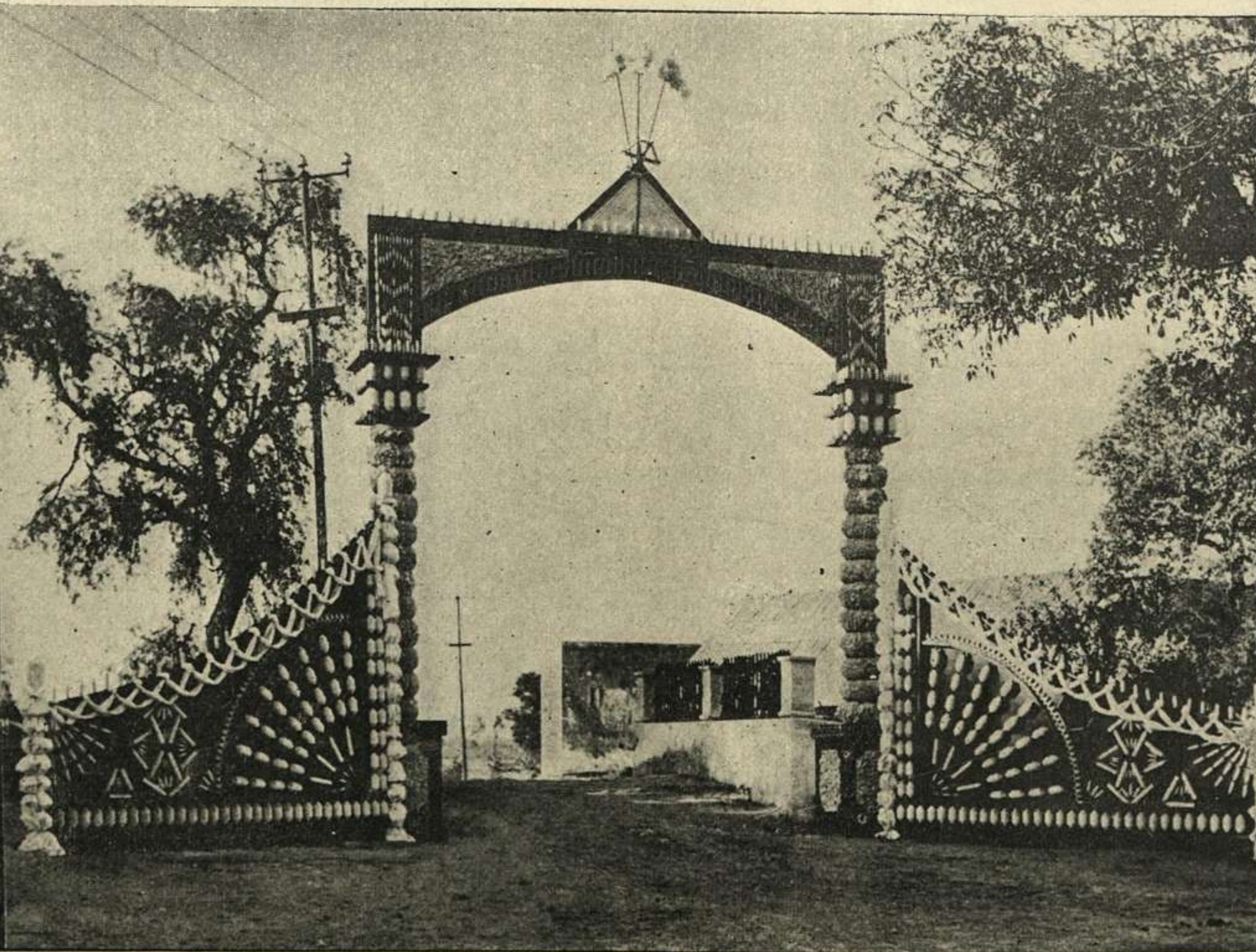
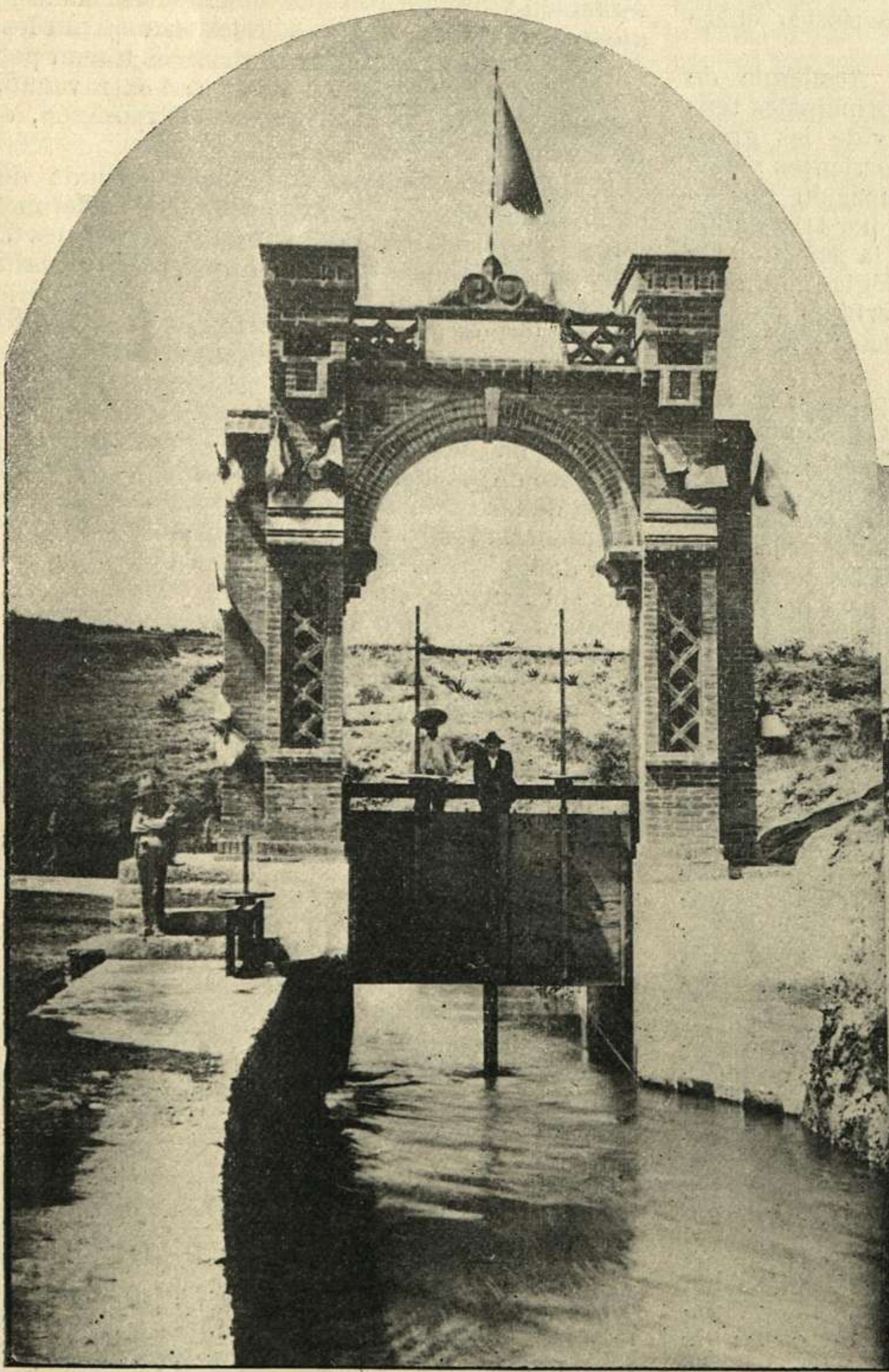
Sobre todo, ha merecido elogios el Sr. Sarré por el acierto y habilidad suma con que dirigió el adorno de los salones.

También se habla con mucho entusiasmo de los graciosos y bellísimos trajes que vestían las damas y caballeros que asistieron al baile.

La tumba del Gral D. Vicente Guerrero.

El día 14 se celebró el aniversario de la muerte del egregio caudillo suriano. La Asociación patriótica que lleva el nombre de «Mártir de Cuilapa,» celebró piadosamente la triste conmemoración de esa fecha que enluta nuestra historia.

En nuestro grabado aparece la tumba del gran insurgente, cubierta con las coronas que en ella depositó el día 14 la gratitud nacional.



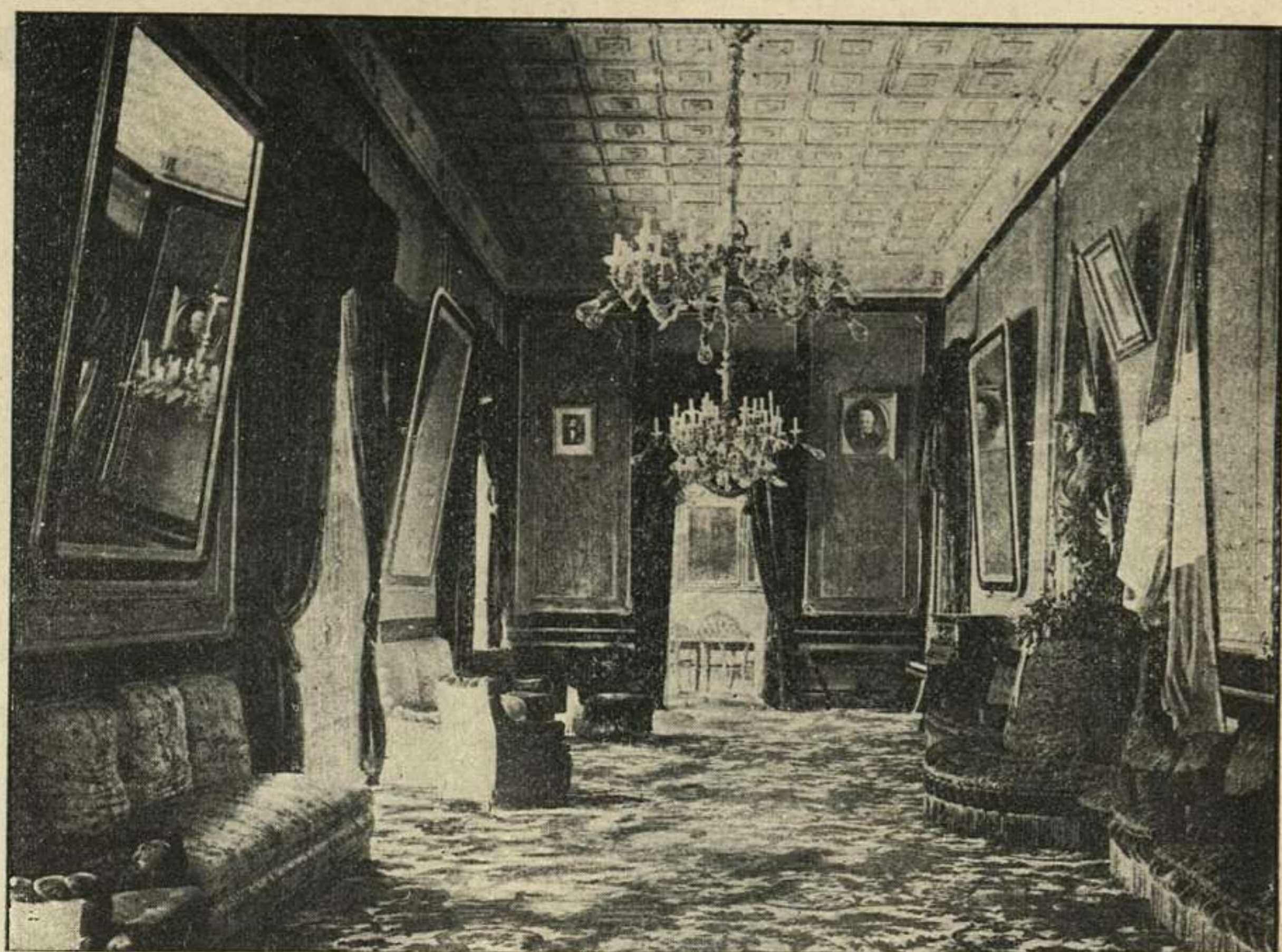
INAUGURACION DE LAS OBRAS DEL ATOYAC, EL DIA 12 DE ESTE MES.

ARCO LEVANTADO EN LA COMPUERTA QUE ABRIÓ EL SR. PRESIDENTE.

ARCO LEVANTADO EN EL «MOLINO DE ENMEDIO.»



CASINO FRANCES.—EL PATIO.



CASINO FRANCES.—UNO DE LOS SALONES.

ACUARELAS DE VIAJE.

La muerte del carnaval en Roma.

Después de once días en que el barullo ha ido *in crescendo* constante, en que todas las tardes se ha visto el Corso henchido de carruajes y de peatones que combaten entre sí arrojándose ramilletes, llega por fin el Martes de Carnaval, que es al propio tiempo el más ruidoso y el último de estos días de locura.

Por la mañana ha habido grandes transacciones entre los poseedores de balcones ó ventanas en el Corso, los cuales han llevado buenos puñados de *liras* á sus bolsillos y en consecuencia el buen humor á sus espíritus. Todo el mundo y particularmente todos los extranjeros que por estas épocas abundan en la Ciudad Eterna, tienen empeño en disponer de un balcón en el Corso para contemplar desde punto tan propicio y cómodo las funambulescas festividades del día. Es, pues, obra de *romanos* conseguir una tan codiciada presa y es menester entenderse con un enjambre escalonado de agentes y subagentes que os comunican con el dueño del balcón y entre cuyas manos á proporción de categorías ó cataduras, os es preciso ir dejando sendos luises de oro ó piezas de cien sueldos con la barbiopulenta efigie del Rey Victor Manuel. Sucedió por fin que nosotros, tras numerosas idas y venidas, nos hallamos á la hora del almuerzo poseedores de un billete que nos aseguraba el temporal dominio de un balconcillo, con sitio para tres personas, en la tercera manzana de la populosa Vía del Corso. Tal adquisición fué considerada por nosotros como singular merced de la suerte y no fué sino hasta después de un buen rato y ya calmados los entusiasmos, cuando á fuerza de recuentos advertimos que aquel balconcillo nos costaba, entre su precio real y las propinas á los conseguidores, la apreciable suma de seis cientos francos.

Como todos los días desde hacía once, á la una en punto comenzó el ruido. Empezaron á desfilar los carruajes ocupados por damas y caballeros cuyas manos no descansaban por un solo instante en su tarea de arrojarse, los unos á los otros, perfumados y dulces proyectiles. Ese combate, con el entusiasmo y el *entrain* que tiene en Roma, no creo que se le encuentre en ninguna otra parte; aún los muy celebrados de Niza palidecen junto á éste del cual no son más que remedos, pues hasta el nombre que llevan de *corsos*, no es sino una reminiscencia del romano.

La sociedad romana, de suyo retraída y asaz disuelta en bandos debido á los sucesos de la política, tiene á bien mostrarse alegre en esos martes de carnaval, y olvida sus rencillas habituales. En la calle del Corso se mira esa tarde lo mismo la galoneada carroza de un patricio papal, que el ligero landó de un príncipe de la corona. La sociedad *negra* (pontificia) y la sociedad *blanca* (realista) se mezclan esa tarde en medio del contentamiento popular.

Nuestro *cicerone* va comunicándonos los nombres y cualidades de los dueños de los carruajes que pasan. Muy á menudo el nombre que escuchamos nos hace estremecer, porque evoca en nosotros muy

viejas y emocionales recordaciones históricas. Piombino, Pallavicini, Rospigliose, Borghese, Barberini... tales son los ilustres patricios que se divierten en el Carnaval. Como para contrastar sobre esos recuerdos, nos dice el guía:

—¿Veis á aquel caballero de bigote negro que arroja desde su victoria unas rosas al palacio Chigi? Pues es Menotti Garibaldi, hijo del *Generale* y diputado republicano....

De pronto el entusiasmo de la muchedumbre se hace más palpitante, la lluvia de ramilletes se tupe todavía más, se escuchan gritos y exclamaciones: es un carruaje con librea roja que avanza al trote de estupendos árabes. En él va Margarita, la linda *regina*, el ídolo del pueblo y de los nobles.

La reina de Italia sonríe siempre á su pueblo, y en martes de carnaval no desdeña recojer de tiempo en tiempo uno de tantos ramos que caen en su carroza, para llevarlo á sus labios en ademán de maternal gratitud. La muchedumbre la aclama y entonces la enguantada manita de la reina traza una parábola en el aire y vuelve á arrojar las flores entre las compactas filas de sus súbditos. ¡Es de verse la febril ondulación que se produce por adueñarse del ramo de regia proveniencia!

También Humberto cruza el Corso, pero sencillamente, sin picadores ni aparato, como un buen burgués. Maneja él mismo su faeton cuya librea azul oscuro es la de un rico cualquiera; su rostro, de inconfundible seriedad, se vuelve á todos lados para contestar los saludos que se le dirigen, y de tiempo en tiempo su diestra—la que empuña el augusto centro de la Italia unida—se levanta hasta la altura de su boca para acariciar el opulento mostacho, prez de los hijos de Saboya.

Al llegar á la Plaza Colonna, la doble fila de carruajes se ensancha, como ávida de espacio y de aire, y se acrece con nuevos *equipages* que afluyen de ese lado. Vimos entonces algo curioso: la carroza de la casa Aldobrandini, con el viejo príncipe y tres núbiles princesas á bordo, cruzó el faeton del Rey de modo de pasar antes de él. Los Aldobrandini son implacables papistas y nosotros creímos que el incidente se había producido con harta conciencia de los cocheros del príncipe. ¿Qué iba á suceder? Humberto levantó la cabeza y detuvo sus caballos. Entonces el viejo Aldobrandini se puso de pié y gritó á su cochero:

—¡Indietro, bestia! *E sua maestá*....

¡Decididamente, las viejas preocupaciones se van! Entretanto, ha ido oscureciendo, los carruajes despejan la vía y todo el mundo se apresura á contemplar el espectáculo nocturno, que es el genuino y propio de esta fecha.

* *

La vía del Corso parece una ascua de fuego, pues los comerciantes van aumentando su alumbrado. Libre ya de carruajes, los peatones la invaden de pared á pared y se produce una compacta é incandescente ondulación de cabezas, que hostiga y que marea.

Las damas que una hora antes cruzaban la avenida, muellemente reclinadas en los cojines de las carrozas, ocupan ahora los balcones de los palacios y forman el más gentil adorno de la opulenta calle romana.

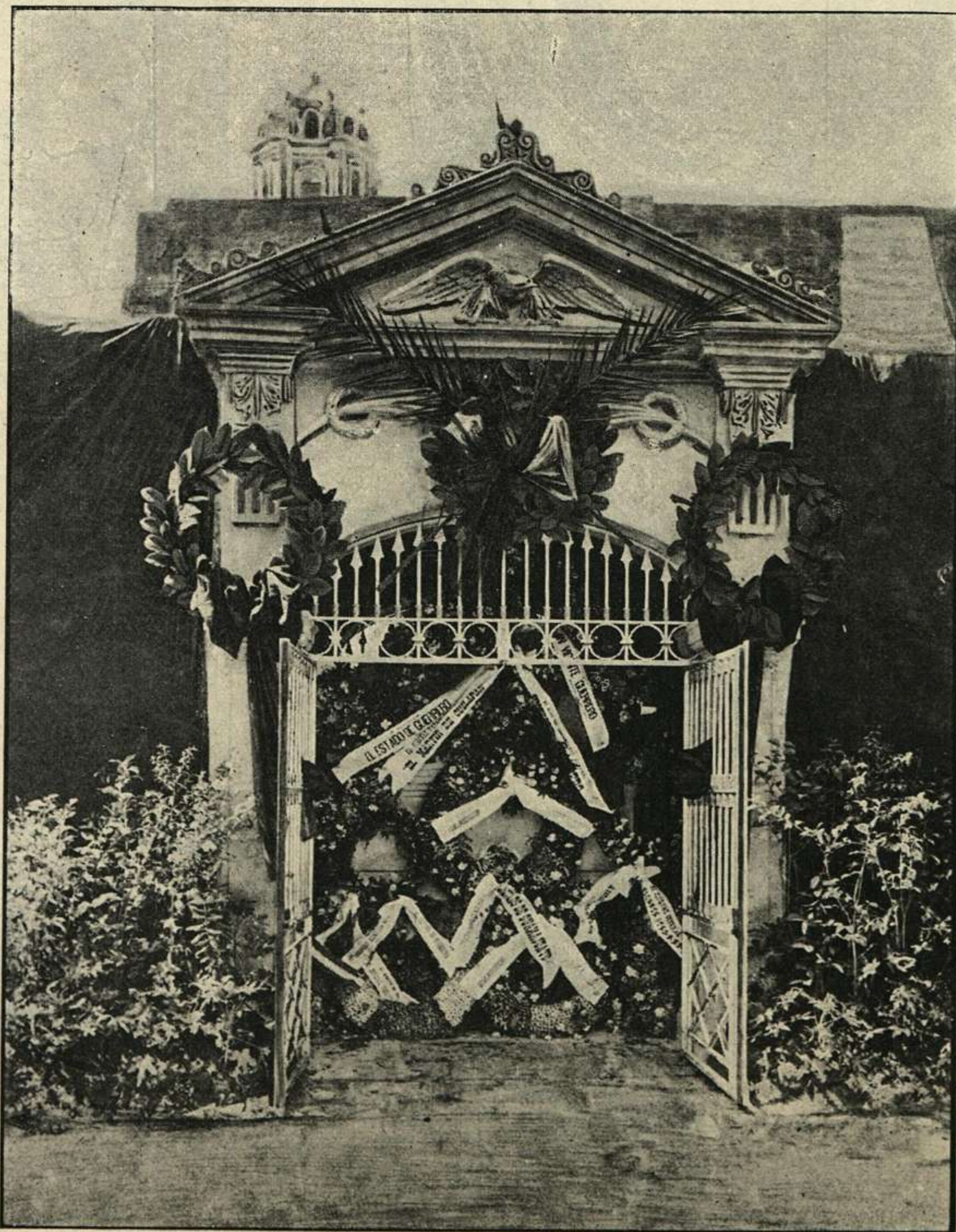
Repentinamente, se oye un grito. ¡Hagan sitio, que vienen los *barberi*! Los *barberi* son caballos montados en pelo por labradores de la campiña romana y que juegan una carrera á lo largo del Corso, desde la Plaza del Pópolo hasta la Plaza de Venecia.

Una vez que concluye dicho ejercicio hípico, empieza á moverse el Cortejo que trae al Carnaval moribundo, saliendo de la Plaza Venecia para rendir en la del Pópolo, en sentido contrario de la carrera poco antes efectuada.

Preceden al carro mortuario, heraldos con hachones encendidos y frailes que entonan funambulescas y gayas letanías. En el carro, viene el Carnaval, reclinado en un lecho improvisado y presa de las más risibles contorsiones agónicas mientras que un físico que lleva á su lado, hace inauditos esfuerzos por hacerle tragar quién sabe qué menjurges que extrae de fantásticas y monstruosas retortas por medio de descomunales geringas.

Lentamente, el Cortejo recorre todo el Corso. Mientras más se acerca á la Plaza del Pópolo, más se acentúa la gravedad del paciente, de suerte que al llegar á ella ha muerto,—y sustituido por un muñeco de trapos y cartón—es arrojado en una hoguera que al efecto ya se halla encendida.

Entonces surge un grito que se extien-



LA TUMBA DEL GRAL. GUERRERO EN EL PANTEON DE SAN FERNANDO EL DIA 14 DEL ACTUAL.

LA CARICATURA EN LOS SALONES DE LA EXPOSICION.



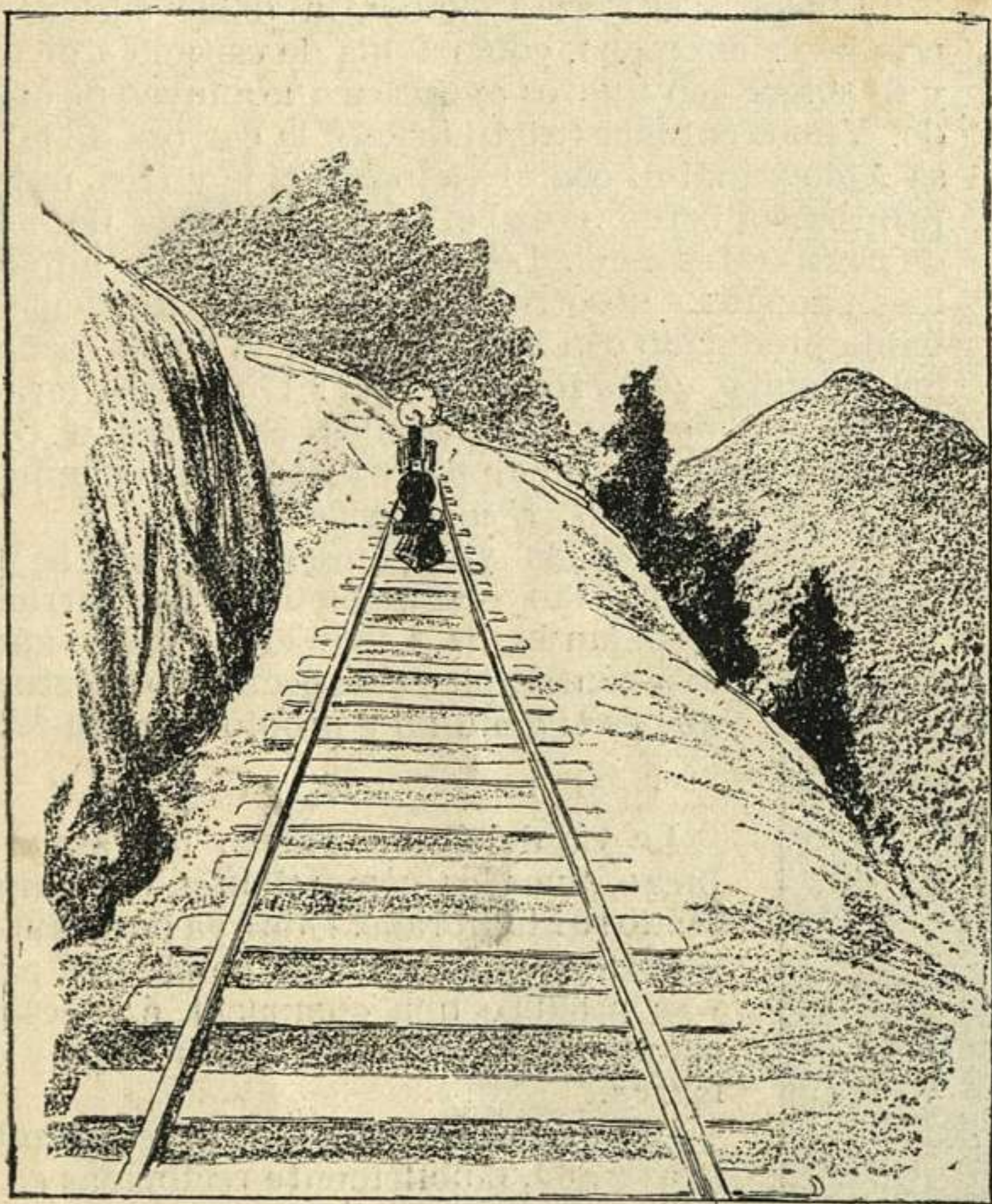
LA NIÑA HACENDOSA
(E. ALCIATI)



WERTHER. EN SALMUERA (FANTASIA IMPRESIONISTA)
GUMERY



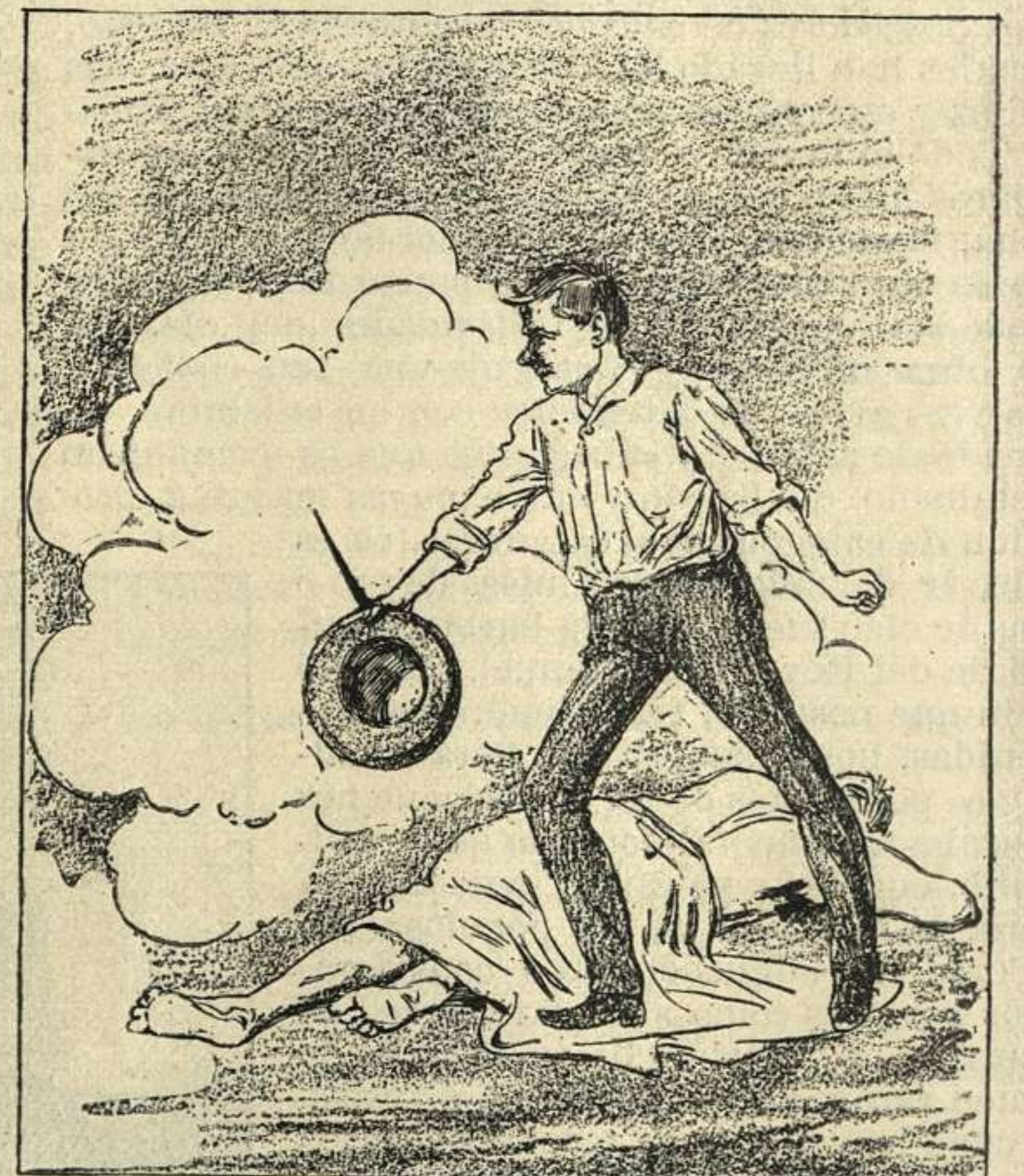
¿COMO SUBIO? (SIGNORE CHBONI)



PROGRESO FERROCARRILERO: TRENES DE LA
VIA ANGOSTA CAMINANDO EN LA ANCHA
(J. ALGERRECA Y COMINFORT.)



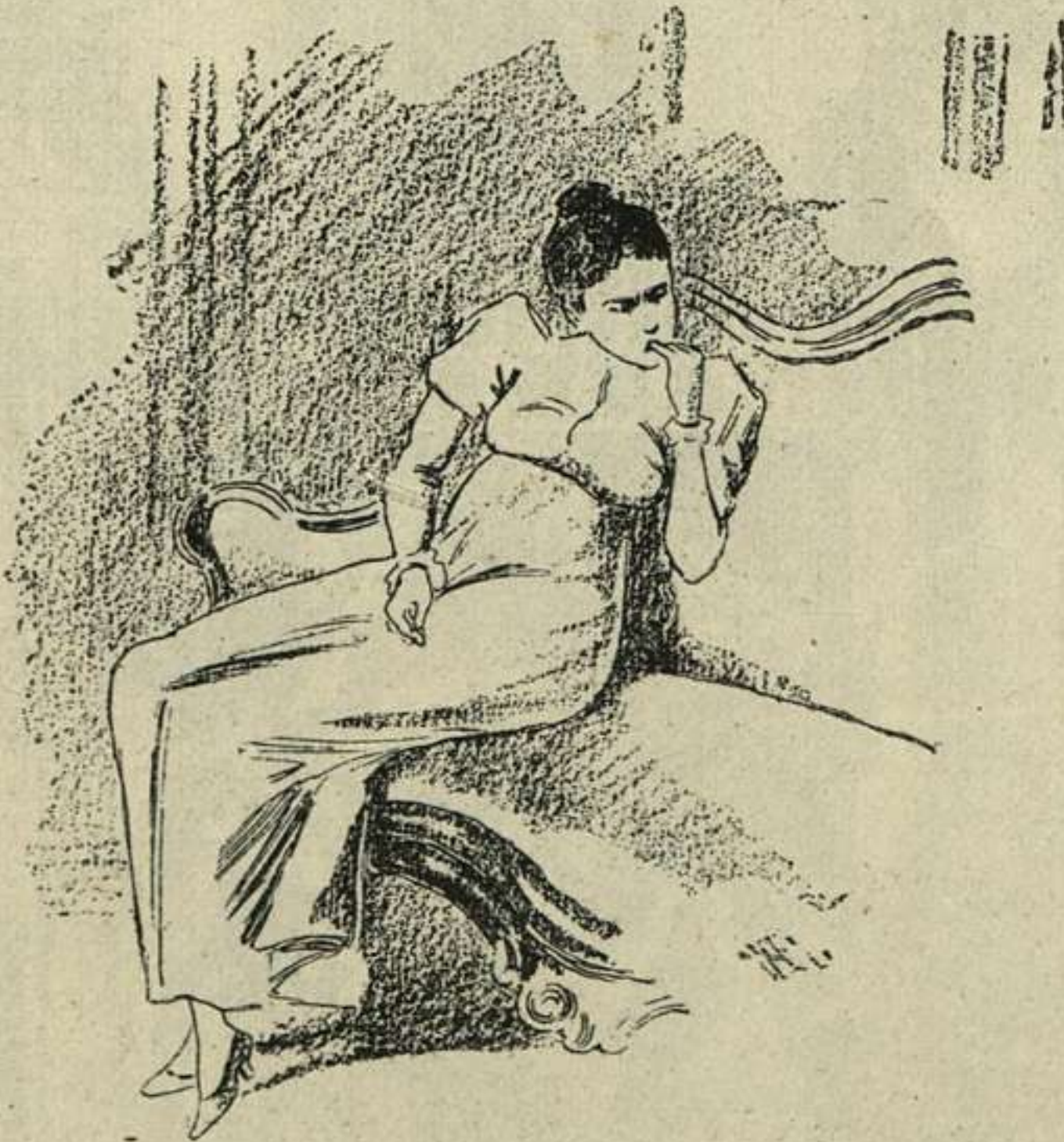
SOR JUANA INES DE LA CRUZ
CITANDO A BANDERILLAS (F. MENDOZA)



HOMICIDIO EN RINA
(J. E. DOMINGUEZ)



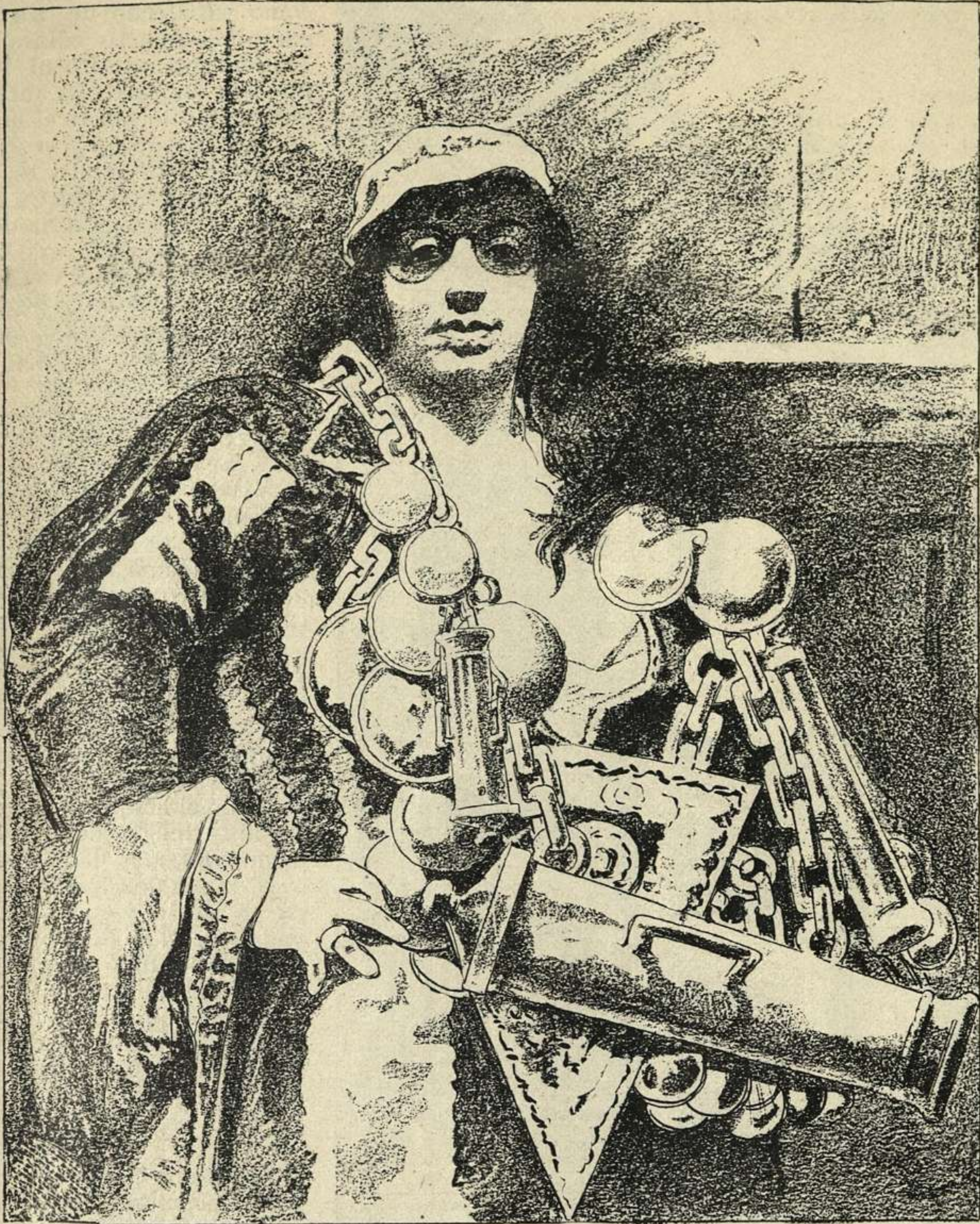
RETRATO DE S. S. ILLMA. LUIS MAZZANTINI
OBISPO DE GUIPUZCOA (NATAL PESHDO)



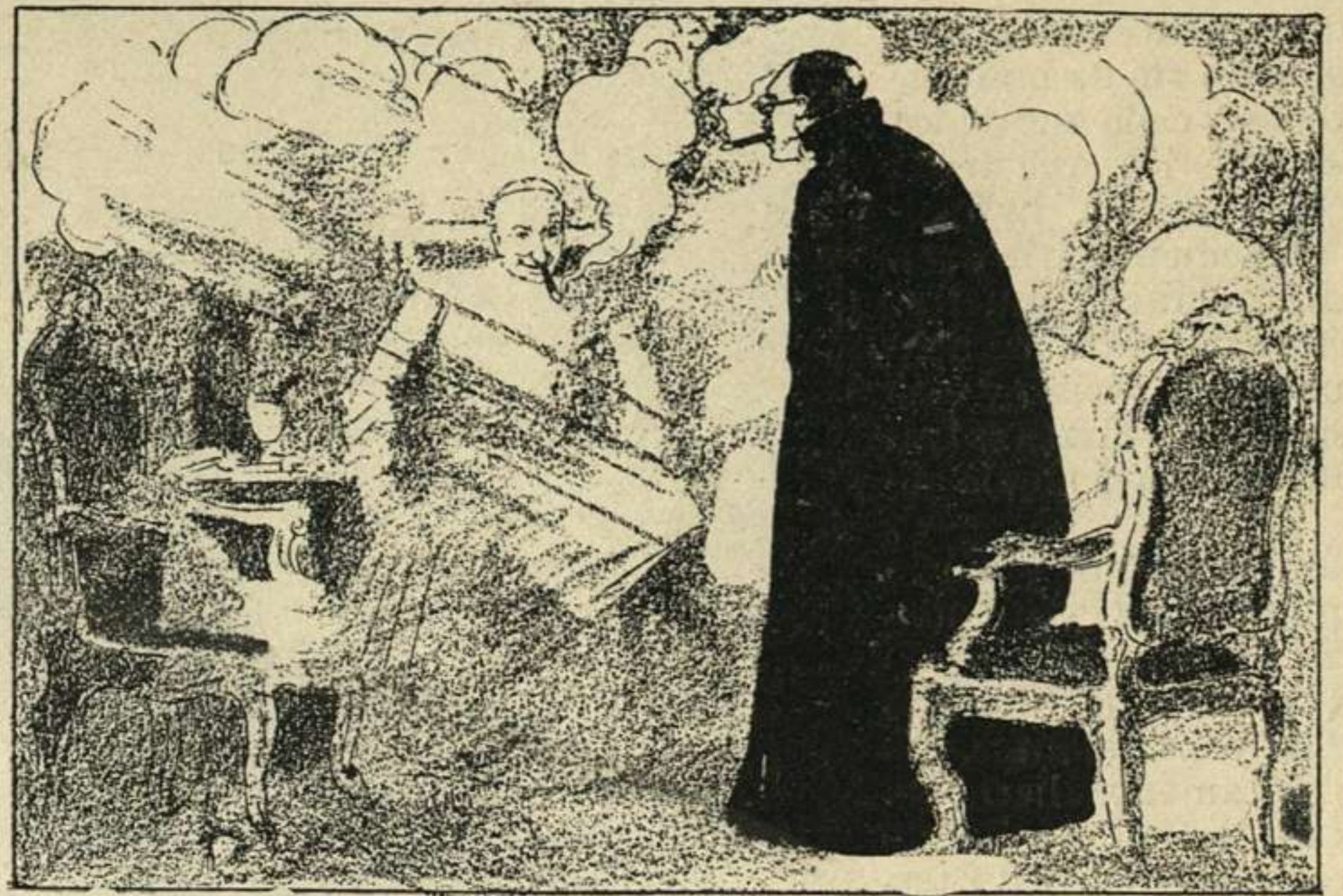
MAMANDOSE EL DEDO
(NICOLAS ALPERIZ)



EL VENCEDOR DEL GRAN PREMIO
i. MAS (PINTOR ESPAÑOL)



ROMULUS (R. TUSQUETS)



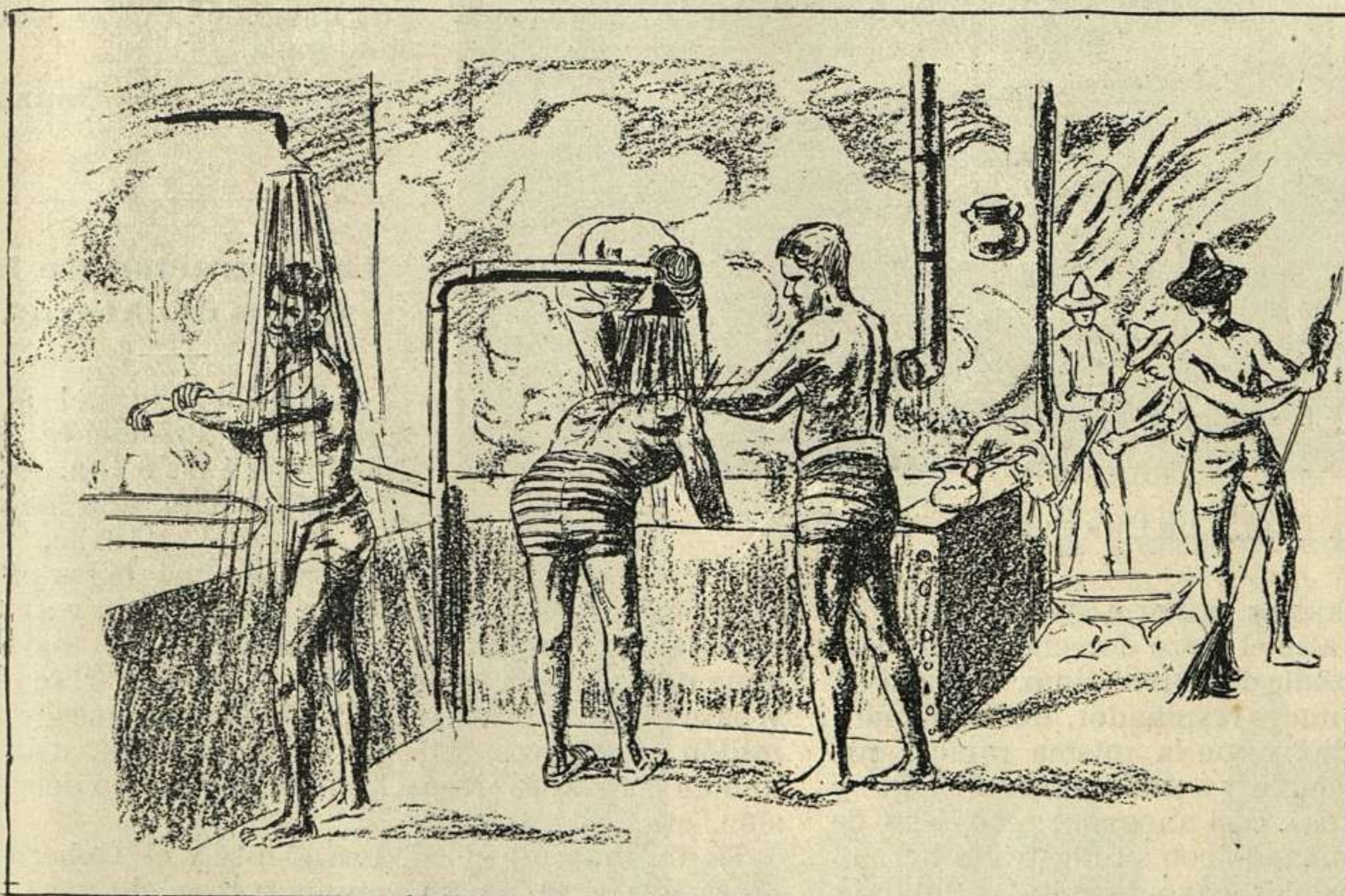
CUARTO DE FUMAR DE LEON XIII (J. VILLEGAS)



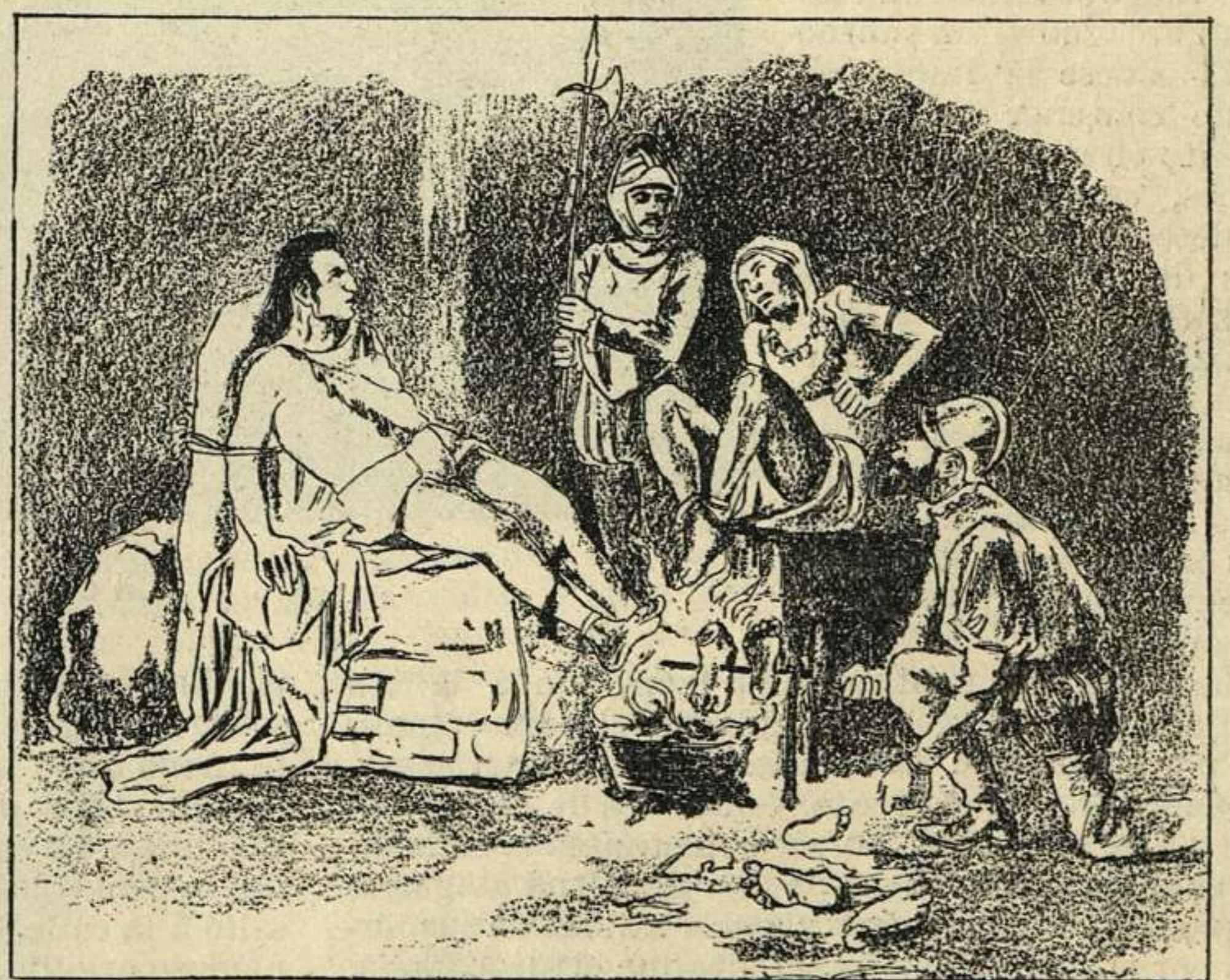
BIRUETA HIDROCEFALO (A. FUSTER)



EROMU.-LA SALUD DE LEON XIII (HIPERTROFIA DE LOS DEDOS) (JUSTO VILLANUEVA)



BAÑO RUSO (M. BENEDITO)



PATITAS ASADAS (L. YZAGUIRRE)



LANA CARDADA (F. MAS (PINTOR ESPAÑOL))



EL NUEVO RASTRO (A. UNZUETA)

de y multiplica con rapidez, atravesando la avenida hasta la plaza de Venecia.

—*Il Carnavale é morto!!*

Inmediatamente aparece el Corso como un río de lumbre, porque todos y cada uno de los paseantes y de los que desde los balcones miran, han encendido un pequeño cirio ó una bugía para honrar al muerto. Todo el mundo trata de apagar la luz de su vecino y este juego, en calles, plazas y balcones, dura hasta la media noche.

Llámase *mocolletti* y no lo olvida quien lo ha visto una sola vez. El espectáculo de aquellos millares de lucecitas movedizas y ondulantes, es único y altamente hermoso.

Después, reina el silencio en las calles y la Ciudad Eterna clama por las campanas de sus innumerables iglesias:

Memento homo, quia pulvis es....

J. SANCHEZ AZCONA.

México Antiguo.

LA CASA DE CHAVARRIA.

Noche lúgubre, según las crónicas de nuestras antiguallas, fué la del 11 de Diciembre de 1676 para los buenos habitantes de la muy noble y leal ciudad de México, pues á las siete, estándose celebrando la aparición de la Virgen de Guadalupe en la iglesia de San Agustín, se incendió ésta comenzando por la plomada del Reloj.

¡Considérese la consternación y espanto de aquellas benditas y devotas gentes al ver que el fuego devoraba un templo tan antiguo y tan suntuoso; ¡Considérese la imposibilidad de contener tan voraz elemento en aquellos remotos tiempos, en que las bombas eran desconocidas, en que las llaves de agua sólo servían para satisfacer la sed, y en los que para sofocar el fuego se acudía al derrumbe y á la presencia de las imágenes, y de las comunidades que llevaba n cartas de los santos fundadores en las que éstos desde el Cielo mandaban que cesara el incendio:

¡Que noche! La gente salía en tropel de la iglesia empujada por el terror, sofocada por el humo, iluminada por las llamas! Los frailes agustinos por su parte abandonaron el convento, temerosos de que el fuego devorase las celdas. En pocos instantes la calle estaba completamente llena de una multitud abigarrada, que con los ojos abiertos y casi salidos de sus órbitas por el terror, veía impotente que el fuego lamía, se enroscaba y devoraba impetuoso al templo.

La multitud, repito, era heterogénea. Los curiosos, los devotos que habían quedado, los agustinos, las órdenes de otros conventos que habían acudido con sus Santos estandartes y cartas de sus patronos; los regidores de la ciudad, los oidores, y el Virrey Arzobispo D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, que personalmente tomaba parte activa dictando cuantas medidas juzgaba conducentes, para que el fuego no se comunicara al convento y cuabras circunvecinas, como lo consiguió.

Pero cuando era mayor la confusión en el incendio, cuando la gente apiñada frente á la ancha puerta de la iglesia, veía salir de ésta lenguas colosales de fuego, gigantescas columnas de humo, infinidad de chispas que arrebatada el viento; cuando el calor sofocante, exhalado como el aliento de un monstruo, brotaba de aquella puerta y se comunicaba hasta la acera de enfrente, haciendo reventar los cristales de la vidrieras de las casas, la multitud presencié una escena que la hizo por lo pronto enmudecer de espanto.....

Un hombre como de cincuenta y ocho años de edad; pero fuerte y robusto, que vestía el traje de Capitán y ceñía su espada al cinto, se hizo paso con esfuerzo entre la multitud, y solo, sin que nadie se diera cuenta de lo que iba á hacer, penetró en la iglesia cuyos muros estaban ennegrecidos por el humo, subió im-

MEXICO ANTIGUO



LA CASA DE LA CALLE DE CHAVARRIA.

pasible las gradas del altar mayor, trepó con agilidad sobre la mesa del ara, alzó el brazo derecho y con fuerte mano tomó la Custodia del Divinísimo, rodeada en esos instantes de un nuevo resplandor, del resplandor tenebroso del incendio, y con la misma rapidez que había penetrado al templo y subido al altar, bajó y salió á la calle, sudoroso, casi ahogado; pero lleno de piadoso orgullo, empuñando con su diestra la hermosa Custodia, á cuyos piés cayó de rodillas, muda y llena de unción, la multitud atónita.....

* *

Pasó el tiempo. De aquel incendio que destruyó la vieja iglesia de San Agustín en menos de dos horas; pero cuyo fuego duró tres días, sólo se conservó el recuerdo en las mentes asustadas de los que tuvieron la desgracia de presenciarlo.

Sin embargo, al reedificarse una de las casas de la acera norte, de la calle que entonces se llamaba de los Donceles, situada entre las que hoy llevan los nombres de Montealegre y Plaza de Loreto, los buenos vecinos de la muy buena ciudad de México, contemplaron sobre la cornisa de la casa nueva un nicho, y dentro de ese nicho, no la escultura de algún santo como era entonces costumbre colocar, sino un brazo de piedra en alto relieve, cuya mano empuñaba una custodia también de piedra.....

La casa aquella, que con ligeras modificaciones se conserva aún en pié en nuestros tiempos, fué del Capitán D. Juan de Chavarría, uno de los más ricos y más piadosos vecinos de la ciudad de México, que había salvado á la Custodia del Divinísimo en la lúgubre noche del 11 de Diciembre de 1676.

¿Quién le concedió la gracia de ostentar aquel emblema de su cristiandad en el nicho de la parte su-

perior de su casa? ¿Fué el Rey á cuyos oídos llegó el suceso, el Virrey Arzobispo que lo presencié, ó él tuvo tal idea como satisfecho de haber cumplido un acto edificante? Ningún manuscrito ni libro impreso lo dice. La antigua tradición sólo refiere el episodio del incendio, y lo que sí consta de todo punto es, que la CASA NUMERO 4 DE CHAVARRIA, calle así llamada desde entonces, fué en la que habitó durante el siglo XVII aquel varón acaudalado y piadoso.

Pocas noticias biográficas tenemos acerca del Capitán D. Juan de Chavarría. Nació en México y se le bautizó en el Sagrario el 4 de Junio de 1618. Se casó con Doña Luisa de Vivero y Peredo, hija de D. Luis de Vivero, 2º conde del Valle de Orizaba, y de Doña Graciana Peredo y Acuña, de cuyo matrimonio tuvo Chavarría tres hijos.

Fué hombre muy religioso y gran limosnero. A sus cuidados se reedificó la iglesia de San Lorenzo de la cual fué patrón, y en la tarde del 26 de Diciembre de 1652 en ella se le dió el hábito de Santiago, ante lucida concurrencia y con asistencia del Virrey.

D. Juan de Chavarría murió en México y en su mencionada casa el 29 de Noviembre de 1682, legando una fortuna de unos 500.000 pesos, y como á patrono que era de San Lorenzo, sobre su sepulcro se le erigió una estatua de piedra, que lo representaba hincado sobre un cogín en actitud devota.

Hoy ya no existe el monumento sepulcral levantado á su memoria. Su buena fama dió el nombre del Capitán á una calle, y el símbolo de su piedad se conserva en el antiguo nicho de la vieja casa de su morada.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

Inauguración de las Obras del Atoyac.

El domingo 12 del actual salió el Sr. Presidente de la República á las 9.15 a. m. con el objeto de inaugurar las obras del río del Atoyac, notables por ser una de las prime-

ras y más grandes empresas de canalización y aprovechamiento de aguas en la República. El caudal de agua aprovechada es de tres mil litros por segundo y para darle su destino se ha invertido mas de un millón doscientos mil pesos en la presa, túneles, uno de los cuales tiene kilómetro y medio de extensión, etc.

El día indicado el Sr. Presidente y el Gobernador de Puebla, abrieron las compuertas en el Canal Porfirio Diaz, dando curso á las aguas que utiliza la empresa, etc.

Los dos arcos que publicamos fueron erigidos con motivo de la visita presidencial á las obras cuya inauguración apadrinó el Señor General Don Porfirio Diaz.

La caricatura en los salones de la Exposición.

Aunque es costumbre general en Europa la publicación de caricaturas como las que hoy aparecen en nuestro semanario, á fin de evitar interpretaciones malévolas, advertiremos que la caricatura de una obra de arte no es un juicio crítico, ni mucho menos indica la negación del mérito que tenga. Cuadros hay entre los que figuran en la caricatura que hemos elogiado en estas mismas columnas.

Que no se atribuya pues al lápiz burlesco del dibujante una intensión que no ha tenido. Nuestras opiniones y nuestros juicios, constan honrada y seriamente expuestos y los seguiremos exponiendo en la sección correspondiente.

CUENTO AZUL.

De el libro "CUENTOS DE COLOR," Caracas, 1899.

Cuentan las crónicas del cielo—y estas crónicas las he leído en el cielo azul de unos ojos—que el Señor de los mundos y el Padre de los seres ocupa altísimo trono, hecho de un solo enorme zafiro taraceado de estrellas, y deja caer, á semejanza de vía láctea fulgurante y en dirección de la tierra, mezquina y obscura; su lengua barba luminosa color de nieve, á cuyo laberinto de luz llegan, á empaparse en amor y convertirse en esencia eterna y pura, todas las quejas, todos los sollozos y el llanto inacabable de la humanidad proscrita.

Y según añaden las crónicas, toda alma de hombre está unida, por un hilo de luz muy largo y tenue, á las barbas divinas. Por ese hilo de luz, invisible para ojos humanos, es por donde ascienden la fragancia de los corazones y las bellezas nacidas y cultivadas en las almas: amores castos, perfume de obras buenas, plegarias, quejas, y sobre todo lágrimas, muchas lágrimas; las infinitas lágrimas que el amor arranca á nuestros ojos. Estas últimas, en su viaje á través de los cielos, son la causa de iris maravillosos, delicia de los bienaventurados; pero al fin de su viaje, y poco antes de convertirse en fuego inmortal, surgen en el extremo de las hebras de luz por donde han ido, en la forma de flores efímeras y radiantes, candidas como lirios, purpúreas como rosas, ó delicadas y azules como flores de pascua. Y como á cada instante, y á la vez en el extremo de muchos hilos, están abriendo esas flores, parece como si las barbas divinas perpetuamente florecieran.

Sucedió que, una vez, al decir de las crónicas, uno de esos ángeles maleantes que todo lo espían con sus ojillos de violeta y lo husmean todo con sus naricillas de rosa, púsose á considerar muy circunspecto, con mucha atención y cuidado, el entrelazarse y confundirse de las dos madejas de luz: la formada por los hilos que suben de las almas y la otra, color de nieve, que baja del rostro del Eterno.

Distraíase el ángel, contemplando unas veces la ascensión continua de iris mágicos, otras veces el incesante abrir de rosas, lirios y campánulas, cuando de repente fijóse con insistencia en un punto y comenzó á pintársele en el rostro una sorpresa indecible. Hizo un gesto de asombro; cayó sobre su frente, como lluvia de oro, algunos de sus rizos más alborotados; y partió, vibrante como nunca, la centella azul y glauca de sus pupilas.

Lo que sus ojos acababan de ver, jamás lo hubiera concebido su mente de ángel. Dos de aquellos hilos provenientes de la tierra y de los más hermosos, en vez de correr la misma suerte que los demás, yendo á perderse en el regazo del Padre, profundo océano del amor, se aproximaban uno al otro, llegados á cierto sitio, y seguían así durante un buen espacio, hasta enlazarse y fundirse por completo, formando una especie de arco fúlgido, por el cual pasaban, á bajar por uno de los hilos, las bellezas que por el otro subían. De manera que dos almas, almas elegidas á juzgar por las apariencias, eximíanse de pagar al Señor de los cielos el obligado tributo de gracia, perfume y amor.

El ángel, escandalizado con tal descubrimiento, lo calificó de crimen insólito, merecedor de todos los castigos, y se propuso ir en seguida á denunciarlo á los oídos del Padre. Pero como á la vez reflexionó que á quien todo lo sabe y todo lo ve presente, así lo que es como lo que fué y será, no podía pasar inadvertido nada de lo que en sus propias barbas estaba sucediendo, resolvió indagar por sí mismo, antes de romper en palabras acusadoras, lo que significaba aquel teje maneje irrespetuoso de las dos almas predilectas.

Sin decir á nadie su intento, el ángel abrió sus alas de libélula, transparentes y vistosas, y siguiendo un de los hilos culpables, echó á volar hacia la tierra obscura.

En la tierra lo esperaba una sorpresa tal vez mayor que la recibida en el cielo. El culpable rayo de luz, objeto de su curiosidad, llegaba á un sitio apartado y agreste de la tierra española, caía en el silencioso recinto de un monasterio, y terminaba coronando la frente de un viejo monje, en lo interior de una celda, blanca y desnuda de cosas vanas, como la conciencia del justo. Y el ángel, confundido, pero armándose de astucia, siguió los pasos del religioso, presunto reo de una falta imperdonable.

Nadie recordaba ya el nombre que tuvo ese religioso en el siglo: Atanasio lo llamaban en el convento. Un día, años atrás había llegado al monasterio con la señal de los viajes muy largos en el vestido, con la huella de las grandes torturas en el rostro, en demanda de paz, amor y albergue. Extranjero, venido de países distantes, fatigado de errar de zona en zona, se acogía al reposo del claustro. Alma grande y buena, los hombres habían hecho de él un gran dolor. Joven y fuerte, aún tenía mucha costra de ceguera en los ojos; en el pecho, la tempestad de todas las pasiones: en los labios, la amargura de todos los ajenjos. Pero él supo dar empleo á su energía, cultivando su propio dolor, y lo cultivó tan bien que le hizo dar flores. Poco á poco limpió su alma, hasta dejarla blanquísima y pulcra como las paredes de su celda; y en su alma, como en un incensario precioso, empezó á quemarse de continuo un incienso impalpable.

La pureza fué desde entonces norma de su vida: ni una mancha en sus costumbres; su fuerza, la castidad; su mejor alimento, la oración; su alegría, el sacrificio. Nadie como él soportaba las grandes penitencias: los ayunos prolongados, ó las crueles mordeduras del flagelo. Sembró virtud, y la cosecha de alabanzas no cupo en las eras. Muy pronto fué de sus hermanos ejemplo, veneración y gloria. Los que le habían visto llegar como á un leproso, le rodeaban como á quien da salud y reparte beneficios. En donde él ponía los pies, los otros ponían sus labios, seguros de recoger un perfume; lo que él tocaba con sus dedos convertíase en algo como hostia; y cuando su boca se entreabría destilaba música y mieles. La fama de sus virtudes voló, con alas de paloma, fuera del claustro, y se fué esparciendo por ciudades y aldeas, tanto, que muchos apresuráronse á ir en romería á besar los pies al viejo monje.

Y el ángel, viendo y observando todo eso, admirábase cada vez más y se entristecía mucho. En vano trataba de penetrar en el secreto de aquella existencia. En vano buscaba en el alma del monje la mancha que, según él, había de afearla. Comparaba su propia blancura con la blancura del monje, y no sabía decir cuál era mayor. Pero nada le impidió seguir creyendo que bajo todas aquellas apariencias de santidad andaban ocultas las garras del demonio. Animado por esta creencia, no se dió por vencido, y resuelto á terminar su obra, aunque algo triste y melancólico por lo infructuoso de sus primeras pesquisas, voló al cielo para bajar de nuevo á la tierra, siguiendo el otro hilo culpable. Y por éste llegó á una ciudad americana, al seno de un oratorio discretamente escondido en una casa que tenía aspecto de antigua casa solariega. En la sombra del oratorio, hallábase una mujer, ya anciana, la cual, puesta de rodillas, pasaba las cuentas de un rosario y dejaba salir de su boca el suave y monótono murmullo de los rezos.

La dama era bastante conocida en la ciudad. En su existencia todos podían leer como un libro abierto; y, como al través de cristales muy diáfanos, todos podían admirar sus virtudes. Vestida con probeza,



caminaba por entre la multitud, en las manos la limosna, la oración en los labios. Nunca abandonaba la sombra de su oratorio sino por la sombra de las capillas ó la penumbra de las iglesias muy vastas.

En catedrales y capillas habíase marchitado su hermosura, como en el altar las flores; y sus días volaban en una atmósfera de cantos místicos, como el humo del incienso. Los de su edad recordaban que, cuando joven había sido bella y reinado con cetro de encantos y gracias en medio á una corte amable y numerosa; pero sólo unos cuantos explicábanse por qué un día, bruscamente, aún en la flor de los años y en la plenitud de la belleza, dejó caer el cetro de soberana, cerró el oído á los infinitos halagos de su corte y, sin más voto que el voto hecho ante sí misma, renunció á su cómoda existencia de rica, á todas sus costumbres muelles, para vivir, sin fatigarse jamás, arrodillada en las duras baldosas de los templos.

Y el ángel siguió los pasos de la beata como antes los del monje, pero con éxito mejor. El muy curioso, poniendo el oído al rumor de algunas almas, insinuándose al través de muchas rendijas, hurgando viejas memorias, recogiendo aquí y allá papeles amarillos, flores muertas y pálidos bucles de oro, pudo sacar de lo más hondo del pasado una historia de amor, fresca, vibrante y luminosa como las mañanas de Abril. Por fin tenía en sus manos el secreto perseguido con tenacidad inquebrantable, secreto amoroso, cuya tibieza de fuego oculto bajo cenizas lo bañó, acariciándolo dulcemente. Pero el ángel contestó á la suave caricia estremeciéndose de miedo y horror, como ante un imminente contagio.

¡Pícaras almas! Aquellos dos seres, que tan lejos uno de otro vivían, respiraron tiempo atrás el mismo aire, bebieron tiempo atrás la luz del mismo cielo, y sus almas, abiertas al amor, se mecieron juntas en el mismo idilio plácido. En breves días amáronse mucho, con todos los amores: tierna, casta, ardentemente. Luego, una mano profanadora turbó el idilio; la sombra de un crimen se interpuso entre los dos amantes, apagó en sus labios la sonrisa; llenó sus corazones de tristeza, y los fué separando lentamente, hasta arrojarlos por último: á ella, á la vida devota en un retiro casi impenetrable; á él, al destierro, al áspero camino de todas las peregrinaciones.

Separados para siempre, sin saber el uno lo que el otro hacía, fueron á dar al mismo refugio. Ella, en su oratorio, y él, en su celda, empeñáronse en matar el pasado, en extinguir las llamas del amor terreno, en volver á la paz y á la inocencia, haciéndose humildes, y luchando por convertir la turbia fuente, de sus dolores en la onda clara de un amor divino. Después de bregar días y años, lograron su fin: tornáronse buenos, y la plegaria—paloma blanca—se anidó en sus corazones para nunca más dejarlos. Pero, en realidad, en vez de matar el amor, lo mantuvieron vivo. Se aislaron, alejándose de los hombres, pero le dieron forma al recuerdo de la juventud y vivieron con él en perpetuo coloquio.



Creyendo no amar sino á Dios, y sólo á Dios ofrecer en holocausto sus penas, amaban ese recuerdo de la juventud y le ofrecían todos los sacrificios. Cada uno guardaba la imagen del otro, como rosa de eterna fragancia en un altar sin mancha. En ellos el amor continuaba siendo tan vivo y fuerte como antes, pero más ideal. Y la plegaria—paloma blanca—fué la mensajera de ese amor, secreto é invencible.

El ángel construyó fácilmente las vidas del monje y la beata; comprendió lo que significaba el abrazo de luz de los dos hilos culpables; con toda evidencia aparecióse el desacato hecho á la Divinidad, desacato acreedor á un castigo sin término; y radiante de indignación voló al cielo y rompió á hablar con el tono severo de un juez implacable en la presencia divina.

—Señor,—dijo,—hay dos almas pecadoras á las que debes abrumar con todo el peso de tu justicia. Son dos de tus predilectas, de las que tu enriqueciste con los dones más excelsos y colmaste de gracia. Tu generosidad sin límites la pagan con la más horrenda ingratitude. Viven olvidadas de tí. No sacrifican en tu honor una sola de sus bellezas; ni han quemado nunca en tus aras ni un grano de incienso. Y no solo se han olvidado de tí y de la senda por donde á tí se lle-

ga, sino que han pretendido traicionarte haciéndote mediador de sus locuras. So pretexto de amarte, se adoran: so pretexto de rendirte culto, se ha convertido cada una en altar de la otra.

En tus propias barbas, ahí cerca, se están besando siempre, entregadas á un amor nada puro, porque es hijo de la tierra. Señor! Castígalas. Abrúmalas con todo el peso de tu justicia.

El Padre, al oír esto, sonrió con sin igual dulzura posó lamano derecha sobre la cabeza del ángel y, durante algún tiempo la acarició, enredando y desenredando los alborotados rizos de oro. Luego dijo:

—No te impacientes; ya verás cómo pronto haré justicia.

Muchos ángeles y vírgenes, que habían oído las palabras acusadoras del ángel recién llegado, pusieron á esperar con atención profunda el fallo del Eterno.

Muy pronto, en efecto, las dos almas pecadoras, obedientes á la voluntad infinita, abandonaron el mundo. Casi á la misma hora encontraron al monje muerto en su celda, y á la beata sin vida en su oratorio. Una sonrisa iluminaba sus rostros, y sobre la boca de ambos erraba un perfume.

A poco de viajar en forma de chispas refulgentes, y cada cual por su hilo de luz, las dos almas se divisaron, reconociéndose, á pesar de la distancia. Entonces quedáronse inmóviles y despidieron un fulgor vivísimo para continuar después el viaje y de tiempo en tiempo detenerse á lanzar nuevos fulgores. Eran besos que se mandaban al través del espacio, y en tales besos los hombres no veían sino vulgares exhalaciones, de esas que incendian el cielo por las claras noches de estío.

Las dos chispas viajadoras, acercándose cada vez más, subieron y subieron hasta llegar al punto en donde se abrazaban los hilos. Ahí, encendidas como nunca, fundiéronse en una sola llama, la cual, á un gesto de la voluntad infinita, cuajóse en estrella y subió á resplandecer por los siglos de los siglos en la corona de astros que ciñe el Señor de los mundos y Padre de los seres.

Muchos de los ángeles y vírgenes que estaban atentos al fallo, sintieron las tristezas de la envidia: corridos y descontentos, no acertaban á comprender por qué merecían tan alto honor las dos almas pecadoras. Eran ángeles y vírgenes que no habían amado nunca, é ignoraban la virtud suprema de los que saben amarse con amor abnegado y sin fin. Algunos, en el colmo de la vergüenza y la envidia, escondieron su frente bajo las alas vaporosas, en tanto que resonaba por todas partes uno como rumor de innumerables harpas heridas, y caía, de vergeles invisibles, una lluvia de pétalos cándidos.

Y abajo, en la tierra oscura, un astrónomo desconocido, solitario habitador de una cumbre, habló á las gentes de un nuevo astro, cuya sonrisa blanca y suave alegraba el rincón más azul de los cielos.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ.

MI MEJOR AMIGO.

Ya muy tarde entré en el restaurant y pedí que á toda prisa se me sirviera un vino caliente. En la mesa contigua cenaba con parsimoniosa tranquilidad un viejo simpático, fisonomía de rasgos finísimos y aunque gastada, brillante, animosa, de esas que según la expresión corriente llevan el alma en los ojos.

Mi traje de soirée y la agitación febril denunciada quizá por continuas contracciones de mi rostro é inusitados movimientos de todo mi cuerpo, debieron despertar la curiosidad de mi vecino que empezó por dirigirme miradas discretas y al soslayo y acabó por encararse fijando resueltamente sus ojos en los míos, mientras sus labios en donde asomó, para esconderse luego, una sonrisa que era compasión y era ironía, dejaba escapar como conclusión de sus rápidas conjeturas de psicólogo experimentado estas palabras que escuché con marcado disgusto: mala noche, amigo mío.—Pero en el momento mismo comprendí que una simpatía nostálgica, salida á flote en lejanas memorias de juventud impregnaba aquella voz campanuda y grave; y corrigiendo mi actitud agresiva y resuelto al ir y venir de una conversación en que alternarían el egoísta narcisismo del que se exhibe en sus recuerdos y la estéril lamentación del que se exhibe en esperanzas burladas y anhelos alirrotos, le respondí suspirando: «Muy mala, señor mío»

¡Qué expresión la de aquel viejo, mientras le estuve reseñando con detalles enojosos hasta la repetición y entre paréntesis continuos, todos los hechos, origen y motivo de mis penas! Ya irradiaban sus ojos con siniestro brillo, ya se ahogaban en su garganta quejidos que tenían el tono desgarrador de la ansia; ya se reía locamente con repetidos movimientos afirma-

tivos de su cabeza, sobre la cual pasaba y repasaba los dedos de su diestra trémulos y nerviosos.

Al concluir el delirante monólogo de mi amor vencido, humillado, sentí un abatimiento indescriptible:



era el hundimiento en la sombra una sensación de descanso á no sé qué abismo interminable, cáotico, sin descanso ni riberas. Todas las injurias proferidas, todas las amenazas lanzadas, todos los juramentos sostenidos á puño cerrado sobre el mármol de la mesa, no me dejaban sino el amargo remordimiento de la injusticia y la mentira. . . . La tempestad se resolvía en abundoso y avergonzado llanto que no bien inten-

té secar con mi pañuelo, brotó más copioso al sentir cariñosas palmadas sobre mis espaldas.

Verdad, me dijo el viejo amigo—ignorado una hora antes—acercando sigilosamente sus labios á mis oídos y hablando con voz de rezo, queda y unciosa, que esas lágrimas limpian y borran lo que el orgullo y el odio de una pasión desdenada, han querido estampar, como el juicio maldito de perdurable condenación para un alma que si hoy clava las espinas de su desvío ayer difundía, el aroma de sus amores y de sus encantos? Quise protestar, quise rehacerme confirmando con súbita mutación á una actitud viril y activa las injurias proferidas, las amenazas lanzadas, los juramentos sostenidos con golpes á puño cerrado sobre el mármol de la mesa. Me encontré con una cabeza que se mecía cadenciosamente en prolongado vaivén, para negar, con una boca triste que me decía: estas canas y estas arrugas te desmienten; con unos ojos de donde saltaban dos gruesas lágrimas lentas y silenciosas. Una piedad infinita de mí mismo arrancó de lo más hondo de mi pecho esta exclamación poderosa de verdad y de fervor: La adoro con toda mi alma.

La carcajada del viejo, me sonó al toque alegre de las campanillas que anuncian resurrección y á la vez que sentía bañado mi corazón por un tibio rayo de esperanza, pude ver iluminadas quizá por el reflejo de mi juventud y de mi amor en gracia, las blancas canas y las hondas arrugas de un buen amigo cuyo nombre y cuya historia no conoceré nunca.

Saltillo, Enero de 1899.

ALFREDO EM. RODRIGUEZ.

LA DANZA DEL VIENTRE

Jardín de París



¡«Oh Rey de inmensos ojos coléricos! el cetro brilla como diadema solar en tu frente indomable, tiene tu voz las sonoridades de los sagrados cedros cuando luchan de bravura con la tormenta; las pieles que cubren tus espaldas son de leones vencidos por tu brazo; cada uno de tus gestos de inmortal es una tragedia de escombros; y cuando hieres la tierra con tus sonantes sandalias y te yergues hasta tocar la cúpula de cristal en donde ruedan y rujen los astros rojos, eres el Devorador glorioso circundado de Victorias sangrientas, de Exterminios voraces y de Anatematos relampagueantes! Así te amo, fuerte como torre de combate, rudo como picacho de granito, ígneo como incendio, clamoroso como catástrofe! Soy débil, blanca, rubia, soy una ofrenda de alabastro. Quiero filtrar mis dedos en tu cabellera alborotada como se filtran en la selva las cintas azules de la luna; quiero que la carieia de tus manos me rompa en una armonía cristalina; quiero ofrecerte en holocausto á las llamaradas salvajes de tus ojos; quiero desleirme, Rosa de amor, en la crátera de tu vino, para que te embriague mi espíritu!»

**

Del harem se escapaba, atronador, febricitante el bramido de la carne... El Rey se levantó furioso, furioso como venganza bíblica, empuñó su alfanje devastador, rompió la puerta de bronce... Y el grito de la muerte sacudió el palacio!

Y dijo su voz atronadora: «He vencido al Pecado, soy un Poeta, puedo elevarme á las formas inmaculadas de la virtud! Exclava brillante y negra! Toma la cítara, arráncale armonías de idilio, resucita el alma de caricias, el alma de ternuras de la mujer que ame!»

París, de 1898.

JESUS URUETA.

En la barriga de un enorme elefante se baila la danza oriental—misteriosa y lúgubre. Un grupo de espectadores en los asientos rojos, y bajo las lámparas incandescentes, sobre el tablado, seis mujeres de bocas sangrientas como una mordedura, y de ojos sombríos como el narcótico, apenas vestidas con transparentes tejidos de sedas policromas, bailan moviendo los vientres desnudos, morenos, flexibles, como ondas que se inflan y se desinflan, haciendo saltar los breloques metálicos que cuelgan de sus cinturas, al compás de una música de parches roncacos y de violas silbantes, acompañada de enigmáticos cantos guturales que degeneran en el grito ó se acordan en el himno.

**

En el huerto de mis fértiles melancolías florecieron versos y adoraciones... Y un sueño de opio me contó esta leyenda del Oriente.

**

... La inconsútil red de oros crepusculares prendía sus mallas en la montaña de los sagrados cedros, caía en blondas palpitaciones de gasa sobre las matas olorosas de los nardos y los espesos tapetes de las madreporas, pincelaba de vagos matices el agua borbollante de las fuentes, se arrastraba como cauda de epifanía por los campos silenciosos.—Sobre las rosas temblaban los colibríes como flechas de iris, sobre los aleros se desgranaban las torcazas blancas, y en los lejanos horizontes flotaban los celajes, como cabelleras de diosas rubias...

Habló desde su trono el Rey de inmensos ojos coléricos: «Cierra la puerta de bronce, eunuco!, sobre las danzas lascivas del harem; no quiero que lleguen á mis oídos los festivales de la lujuria, no quiero que lleguen á mis narices los olores ardientes de los cuerpos perfumados; no quiero que me llamen los brazos frenéticos; no quiero que me ofrezcan miel y leche las lenguas suaves; no quiero que los senos de marfil y de ébano sean la copa de mi sed y el reclinatorio de mi fatiga! Esclava brillante y negra! Compañera muda y obediente! arranca de la cítara imperial la más bella armonía de mis recuerdos, resucita el alma de ternuras, de la mujer que amé!»

**

Los dedos ágiles de la esclava recorrieron las cuerdas... y cantó así el alma de la mujer amada:





PANOPLIA.

Del manoir solitario y austero
Reluciendo en la sala sombría,
Se destaca fantástica y fría
La panoplia en el muro severo.
Resplandece el escudo que fiero
Los agudos venablos rompía,
Y con grave y marcial bizarría
Se irgue arriba un morrión altanero.
Su hoja muestra luciente y pesada
El escudo tajando, una espada
De un famoso arsenal toledano.
Y mil veces en sangre teñido,
Esquivando su acero bruñido
Brilla abajo un puñal veneciano.

PRIMAVERAL.

(FRAGMENTOS.)

¡Cuánto templo! ¡Cuánto altar,
En su fecunda grandeza,
Alza la naturaleza
A la exigencia de amar!
Brisas errantes del mar,
Auras del pensil florido,
Trinos y gorgoros del nido.
Con que el bosque se estremece:
Todo vibra, todo crece,
Mientras quiere y es querido.

Se despereza, entre ardores,
En su eterno giro, el mundo
Cada vez que el sol fecundo
Hace que broten las flores;
Entonces los ruisenores
Ensondecen el espacio
Del espléndido palacio
Que tiene por techo el cielo
Y por alfombras un suelo
De esmeraldas y topacio.

Desde el insecto, en la rama,
Hasta la leona en su cueva
Todo parece que lleva
Girones de ardiente llama:
El insecto zumba, brama
Enamorada la fiera,
Languidece la palmera
Sobre el cafetal en flor...
Y esto es que llega el amor,
La vida, la primavera..

Escudo de Carlo Magno.

Un tranquilo fulgor de grandeza
Como un halo inmortal lo corona,
Y un cincel legendario blasona
En su campo su arcaica nobleza.

Maravilla de gracia y belleza
El esmalte sutil lo festona,
Y en el umbo una horrible Gorgona
Deja ver su iracunda cabeza.

Agitando su disco implacable
Abatió al yagatán formidable,
Humilló á la saeta alevosa,

Y custodio de un pecho esforzado
Flameó en el combate, abrazado
Por el Rey de la barba canosa.

Casco de Carlos XII.

De su clásica estirpe orgulloso,
Se irgue el casco sañudo y tremendo,
Que en las crueles batallas ardiendo
Arrulló tanto sueño grandioso.

Campeando en los triunfos, airoso,
Descolló entre el pavor y el estruendo,
Y volvió del peligro trayendo
Abollado su acero glorioso.

En su altiva y gallarda cimera
Tiende el vuelo una torva Quimera
Desplegando sus alas de oro,

Y vertiendo altanero su brillo,
Fué en la testa del bravo caudillo
Un siniestro y fatal meteoro.

Espada de Gonzalo de Córdoba.

El magnífico acero templado
De su estoque, en la sombra chispea,
Y despide cual lívida tea
Un glacial resplandor argentado.

En su puño de adornos bordado
El precioso arabesco serpea,
Y se mira—intachable presea—
En su pomo un blasón cincelado.

Tremolando en la lid ciega y ruda
El zig-zag de su hoja desnuda
Ondeo como un vivo oriflama,

Y sangrienta, mortal y terrible,
La blandió el Capitán invencible
Por su Dios, por su Rey y su Dama.

Puñal de César Borgia.

De su hoja el reflejo maldito
Ocultándose artero, derrama;
Y reluce, fingiendo una escama,
En su puño el relieve exquisito.

En su gélida lámina escrito,
Se lee en cifras de púrpura el Drama,
Y mil veces su trémula flama
Alumbró en el infame delito.

Como un áspid, traidor y rastrero,
Desnudando alevoso su acero
Fulguró en una mano asesina,

Y vibrando su lengua de plata,
De humeante licor escarlata
Se abrevó en la *vendetta* mezquina.

EFREN REBOLLEDO.



EL ARENQUE.

Tu manto, oh! arenque, es la paleta de los soles en el ocaso, el brillo del cobre viejo, el tono de oro cálido de las pieles de Córdoba, los tintes de sándalo y azafrán de las hojas de otoño!

Tu cabeza, oh! arenque, flamea como un casco de oro, y se diría que son tus ojos dos clavos negros plantados en círculos de cobre!

Todos los coloridos tristes y sombríos, todos los coloridos radiosos y alegres, amortiguan é iluminan á la vez tu manto de escamas.

Al lado del vetúm, de las tierras de Judea y de Casel, de las sombras quemadas y de los verdes de Scheele, de los brunos de Van Dyck y de los bronceos fiorentinos, tintes de óxido y de hoja muerta, resplandecen con todo su esplendor los oros verdes, los ámbares amarillos, los ocreos de los canales, los cromos y los anaranjados de Marzo.

Oh! espejeante y descolorido ahumado, cuando contemplo tu cota de malla, pienso en los cuadros de Rembrandt, vuelvo á ver sus cabezas soberbias, sus carnes asoleadas, sus cabrilleos de joyas sobre el terciopelo negro; vuelvo á ver sus juegos de luces en la noche, sus reguero de polvo de oro en la sombra, sus nacimientos de soles bajo negras arcadas!

J. K. HUYSMANS.

Del alma en las Estaciones,
También con eterno giro,
Llega la vez que un suspiro
Enlaza dos corazones;
Los instintos, las pasiones
Se unifican inconscientes
Y á los ardores latentes,
Que se desbordan del pecho,
Se sueña con cuna y lecho
Blancos y resplandecientes

JOSE M. GAMBOA.

Flor estéril

Alma púber, alma virgen,
Rica en matiz y en esencia;
Alma de luz que en la sombra
Te aniquilas y vegetas
Abrumada por el soplo
Corrosivo de las penas.
Alma-flor que en la penumbra
Te marchitas y doblegas
Hiriendo tu carne virgen
Con terribles penitencias;
Alma histérica, alma joven
Que ante la cruz te prosternas
Y desfloras ante el Cristo
Tu hermosura y tu pureza,
Ten presente que aunque el dogma
Te glorifique y absuelva,
La vida con sus principios
Te rechaza y te condena
Por ser estéril al mundo
Y seguir rutas opuestas
A las que imponen al hombre
Las leyes de la existencia.

* *
Alma púber, alma virgen
Rica en matiz y en esencia,
Si quieres lavar tus culpas
Y depurar tu conciencia
Busca la luz que reanima
Y no la sombra que enerva,
La virtud, como sublime
Condensación de una fuerza,
No florece ante el cilicio
Ni es producto de la inercia.
La virtud ama la vida
Y en sus borrascas alienta
Como el bálsamo en la llaga
Y el fulgor en la tiniebla.
Para esplendor necesita
Alzarse augusta y serena
En los yermos solitarios
Donde late y se endereza
La plegaria del sollozo
O el grito de la blasfemia.

* *
Alma-flor que entre la sombra
Te marchitas y doblegas,
Si aspiras á hacer fecunda
Tu misión sobre la tierra,
Yérquete altiva y piadosa
Ante esa lucha suprema
En que las almas sucumben
Rendidas por la miseria.
Busca el antro en donde lloran
Y gesticulan las penas,
Busca la sombra del crimen
Que envilece á las conciencias,
Y allí, si eres astro, alumbrá,
Si eres bálsamo, consuela.

BENITO FENTANES.

TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 8.

Ese viejo de alta estatura, de cabeza venerable y temblona, cuyos cabellos blancos y finos parecen derramar beneficios y bendiciones, es M. Dussaut du Fossé, filántropo de profesión, presidente obligado de todas las obras de beneficencia, senador después de haber sido par de Francia y que dentro de algunos años, cuando hayan pasado los prusianos y todos los desastres, vegetará dedicándose á negocios oscuros y acabará en la policía correccional.

Pedante de piés á cabeza, espetado en su corbata, colocado en su actitud favorita junto á la chimenea del salón, único lugar en que hay flores y delante de la cual trata probablemente de perfumarse las pantorrillas, aquel otro antiguo hombre de Estado, cuyos rudos cabellos grises se asemejan á uno de esos plumeros que sirven para limpiar telarañas y que por su testarudez de mulo ha contribuido mucho á la caída de la última monarquía, es escuchado con respeto y tratado de «querido maestro» por un orador republicano que empieza á declinar en sus convicciones rojas, y que pronto, como ministro del imperio liberal, hará lo posible por precipitar la total ruina del régimen.

Aunque Amadeo se halla todavía en la edad del respeto, los nombres de estas notabilidades pronunciadas por Papillon con cierto balbuceo de deferencia, no impresionan al poeta tanto como los de otros concurrentes que pertenecen al mundo de las letras y de las artes. Al fijarse en ellos, el joven se sorprende y hasta se entristece algo, considerando el desacuerdo que existe entre sus fisonomías y el género de su talento. El poeta Leroy de Saules tiene la altiva actitud y el rostro apolíneo que corresponden á la noble y perfecta belleza de sus versos; pero Eduardo Durocher, el veronés del siglo XIX, el pintor del lujo y de la alegría, es un hombre grueso, muy vulgar, que lleva bigotes recortados como un jefe de claue, y Teófilo de Sonis, el elegante narrador, el novelista de las mundanas, tiene la nariz cobriza y la áspera barba de un capitán de carabineros.

Pero lo que sobre todo preocupa y absorbe la atención de Amadeo son las mujeres del gran mundo, que ve de cerca por primera vez. Algunas son viejas é inspiran horror: las joyas de que están cubiertas hacen más chocante su aspecto de cansancio incurable, sus ojos mortecinos, sus perfiles demacrados y sus flojos y caídos labios de dromedario. El escote, que es de etiqueta en las recepciones de la condesa Fontaine y que muestra entre encajes, ora blandas gorduras, ora delgadeces de esqueleto, es tan ridículo como un elegante dolmán de húsar colocado sobre la espalda de un viejo coronel arrugado y calvo.

Ante estas caducidades ajadas, el joven siente con espanto desvanecerse en él el respeto debido á la edad.

No quiere, pues, mirar más que á las mujeres jóvenes y bellas cuyo busto se escapa del corsé y que tienen en los labios una sonrisa triunfal, flores en los cabellos y diamantes sobre la piel. Pero tanta carne desnuda le intimida, y Amadeo, criado en el París del pueblo modesto y puritano, se turba hasta bajar la vista ante tantos brazos, gargantas y hombros, y recuerda de súbito á María Gerard, tal como se la encontró el otro día que iba á trabajar al Louvre, fresca, vestida de color obscuro, desbordando su magnífica cabellera por debajo de la cerrada capota y llevando en la mano su caja de pintura. ¡Ah! ¿Por qué no le ama María? ¡Cuánto prefiere él aquella rosa envuelta entre espinas á estas peonías tan abiertas! ¡Qué encanto tan divino tiene el pudor!

La enorme y amable condesa se dirige al poeta que se siente en extremo turbado y le ruega

que recite algunos versos: Amadeo se ve precisado á hacerlo, y vuelto de espaldas á la florida chimenea, perfumándose también á pesar suyo las pantorrillas, complace á la dueña de la casa obteniendo afortunadamente un nuevo éxito. Todas las peonías exageradamente escotadas, que no comprenden gran cosa de versos, pero que encuentran muy guapo á aquel morenito de ojos azules y de mirada ardiente y melancólica, le aplauden tanto cuanto lo permite la estrechez de sus guantes. Todos le rodean y le felicitan. La condesa le presenta al célebre poeta Leroy de Saules, que le cumplimenta con una palabra adecuada y le invita paternalmente á ir á su casa. Hubiera sido aquel un buen momento para Amadeo, si una de aquellas viejas señoras de labios de camello, cuyas medias son probablemente tan azules como sus párpados, no le hubiese «caparado» durante un cuarto de hora haciéndole sufrir una especie de examen de bachillerato sobre poesía contemporánea.

Por último, el poeta se retira de casa de la condesa confortado con una taza de té é invitado á comer para el martes siguiente, y no bien sube al coche con Arturo Papillon, le da éste un gran golpe en el muslo con la palma de la mano, diciéndole alegremente:

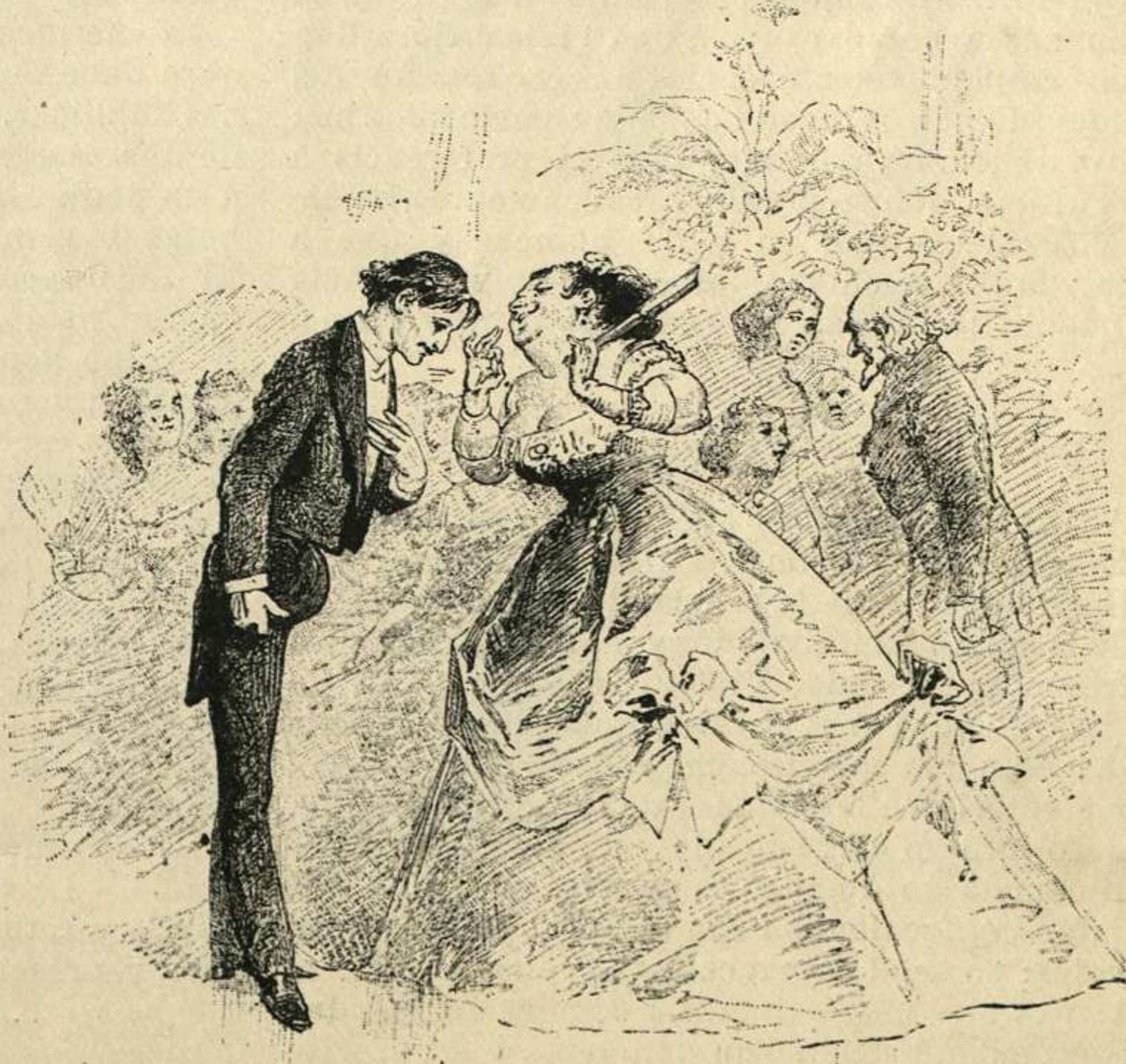
—¿Qué tal? Ya estás en camino.

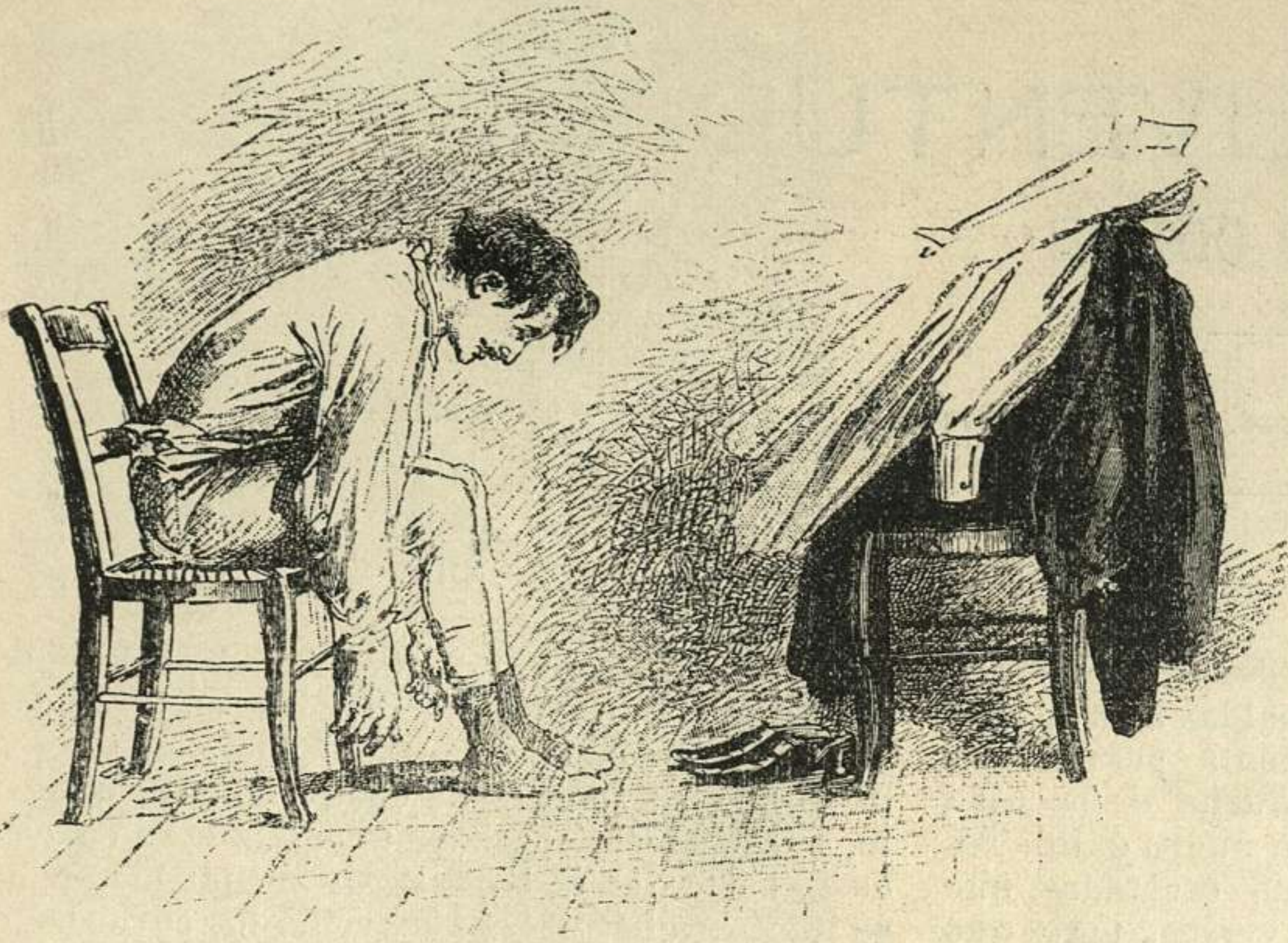
Es verdad, está en camino y respondo de que destrozará más de un frac negro antes de saber todo lo que significa la acción de «frecuentar el mundo» que no parece nada á primera vista y que no es nada en sí, pero que para quien tiene que trabajar implica movimiento inútil y tiempo perdido.

¡Está en camino y empieza bien, con un convite! Desde el martes próximo en casa de la condesa Fontaine que apenas come y que sólo bebe agua, podrá saborear un salmón inquietante y vinos abominables que le serán servidos por un maestra sala llamado Adolfo, que debía más bien llevar el nombre de Exili ó de Caistang y que en quince años á lo sumo, de servir en casa de la condesa, ha logrado hacerse propietario en París de dos buenas casas de vecindad de cinco pisos. Por ahora todo va bien, porque el poeta tiene estómago de veinte años y digerirá aunque sean botones de uniforme; pero á la vuelta de media docena de inviernos de ser servido por esos Borgia de medias de seda negra y guantes de algodón, que desean hacer ahorros, ya veremos cómo se las compone con las dispepsias el pobre convidado. Sin embargo, el banquete del martes es divertido y merece que se hable de él. Desde que se sirvió el salmón sospechoso, el hombre de Estado con cabeza de zorro de limpiar paredes, el que ha derribado inconscientemente al pobre Luis Felipe, comienza á pronunciar un discurso para explicar que, si hubiesen oído sus consejos, la dinastía de este rey constitucional estaría aún en el trono; y en el momento en que el maestra sala envenenador llena las copas del Pomard más venenoso, la señora anciana que se parece á un dromedario con pendientes, hará sufrir á su desgraciado vecino Amadeo un nuevo examen oral sobre los poetas del siglo XIX, preguntándole (pregunta lisonjera para un compañero) qué opinaba de las deudas escandalosas de Lamartine, del orgullo insensato de Víctor Hugo y de las costumbres inconvenientes de Alfredo de Musset.

¡Ya está en camino el buen Amadeo! Devolverá visitas de digestión, aparecerá en los días en que se reciba en la casa de la señora de tal y de otras muchas señoras de cual; y como principiante, permanecerá tontamente media hora en cada casa, hasta que se haga cargo de que los demás se limitan á entrar y salir, como los curiosos en la barraca de una gitana de feria. Verá desfilar ante él (pero ahora acorazados de terciopelo y raso) todas las gargantas y hombros que ya conoce: los que le disgustan y los que le obligan á ponerse colorado. Y cada señora de tal que entre en casa de otra señora de cual, se sentará al borde de un diván ó de un sillón, y dirá siempre lo mismo, la misma cosa fatal, la única que puede y debe decirse hoy en día al principio de todas las conversaciones; por ejemplo: «¿Conque ha muerto ese pobre general?» O bien: «¿Ha visto usted la obra estrenada en el Teatro Francés? No es gran cosa, pero está tan bien ejecutada!...» Aquello será delicioso y Amadeo podrá admirar los cambios de fisonomía de la dueña de la casa. Cuando la señora A la entere de que la señora B casa á su hija con el sobrino de la señora C, aquélla, que apenas conoce á los aludidos, demostrará una alegría tan viva como si le anunciaran la muerte de una anciana tía suya, con cuya herencia cuenta para renovar los muebles de su casa. Por el contrario, si la señora D le dice que el niño de la señora E tiene la escarlatina, de repente, sin transición, la dueña de la casa, por un cambio de aspecto que haría la fortuna de una actriz, se mostrará consternada, como si de súbito supiera que el granzo había destruido todas las cosechas, ó que el cólera se había presentado en el barrio de los Mercados.

He dicho que Amadeo está en camino. Todavía algo inexperto, será mistificado durante mucho tiempo por esas hipocresías, gestos y sonrisas falsas que dejan ver tantas dentaduras postizas. A primera vista todo le parece elegante, armonioso, delicado: ignora que la célebre cabellera de la princesa Krancinsca ha sido cortada de la cabeza de tres aldeanas bretonas en la última feria de San Juan del Dedo. ¿Cómo podría Amadeo comprender que el austero maestro Lemarguillier, el abogado clerical, ha estado gravemente comprometido en un asunto de moralidad, del que se ha salvado arrojándose á los piés del prefecto de policía, pidiéndole por Dios «que no le





perdiera?» Cuando se encuentra en un salón con el rey de la moda, el joven Duque de La Fama Ten Cuidado, descendiente del que estuvo en el puente de Taillebourg y que en la actualidad pone en boga un pantalón, Amadeo no puede sospechar, ¿no es cierto? que el goce favorito de aquel elegante consiste en «matar el gusanillo» por la mañana en compañía de su cochero, en la tienda de vinos de la esquina, jugando una partida de *mus*. Cuando la linda baronesa de los Neñufares se pone encarnada hasta las orejas porque se ha pronunciado delante de ella una palabra inofensiva, en la que encuentra, no sé por qué, una indecencia intolerable, no será ciertamente nuestro joven amigo el que adivine que, para pagar las deudas de juego de su tercer amante, aquella pudibunda señora acaba de vender secretamente joyas de familia de que no podía disponer.

Tranquilícense ustedes. Amadeo acabará por perder sus ilusiones. Llegará un día en que ya no tomará por lo serio la gran comedia de corbata blanca; pero sigan ustedes tranquilizándose, tampoco sentirá indignaciones de mal gusto. No, más bien compadecerá á esos desdichados del gran mundo condenados á la hipocresía y á la mentira, y excusará sus faltas y sus vicios haciéndose cargo del espantoso fastidio que les devora. Si tendrá en cuenta que un desventurado como el Duque de La Fama Ten Cuidado, que durante el invierno se ve obligado á oír diez y siete veces *La Favorita*, experimenta á veces la necesidad de una distracción violenta y va á beber vino blanco con su criado. Convenimos en que Amadeo estará lleno de indulgencia, y que también será necesario perdonarle á él su fondo plebeyo y su nativa grosería; porque cuando haya sondeado el vacío y la vanidad de la farsa mundana, reservará toda su simpatía para las gentes sencillas que están más cerca de la naturaleza. ¡Ah! Sí, Dios mío! El poeta juzgará infinitamente más digno de estima al último de los trabajadores, prefiriendo un vendedor ambulante de refrescos á un político de salón perorando delante de la chimenea, y comparando á una vieja señora literata, resplandeciente como un escaparate del Palacio Real y retocada como un caribe con una pobre abuela de villorrio, dará la preferencia á esta última, que se presenta francamente arrugada y cubierta con su cofia blanca, y que a pesar de sus setenta y cinco años va todavía á limpiar de maleza su reducido campo de patatas.

XIII

Acaba de transcurrir algo más de un año.

Estamos en los primeros días de Octubre.

Cuando se disipa la bruma de la mañana, el cielo tiene un azul límpido, y el aire es tan puro y fresco que Amadeo Violette, en su calidad de antiguo hijo de París, siente algunas veces el deseo de hacerse una cometa como cuando era pequeño, é ir á volarla en las taludes de las fortificaciones.

Pero esto no corresponde ya á su edad. La actual cometa de Amadeo es más frágil que la que de niño confeccionaba con cañas y papelotes encolados: no se eleva mucho y la cuerda que la amarra no es muy sólida. La cometa de Amadeo es su naciente reputación de poeta, y es preciso trabajar y sostenerla; y Amadeo trabaja siempre

con una vaga y secreta esperanza de hacerse amar de María.

Por otra parte, no es tan pobre como antes. Ahora tiene doscientos francos mensuales en el ministerio, y de vez en cuando le compran alguna novela que se publica en los periódicos. Por esto ha dejado su buhardilla del arrabal de Santiago y habita en la Isla de San Luis, en un cuarto de una sola pieza, pero grande y clara, desde donde apoyado de codos en la ventana puede ver los barcos que van y vienen por el río y la puesta del sol detrás de la iglesia de Nuestra Señora.

Amadeo trabaja especialmente en el drama destinado á la Comedia Francesa y está á punto de terminarle. Es un

drama moderno, en verso, titulado *El Obrador*. La acción es tan sencilla como la de una tragedia, pero él la cree patética y conmovedora; pasa entre gente del pueblo, y Amadeo supone que ha encontrado para el diálogo versos sencillos y al mismo tiempo sonoros, en los que no ha temido introducir ciertas palabras pintorescas y locuciones enérgicas del lenguaje de los trabajadores.

El agradecido poeta destina el principal papel á Jocquelet, que el año anterior se ha presentado con éxito en las *Picardías de Scapin*, y que desde entonces consolida su reputación; á Jocquelet que, como todos los actores cómicos, pretende también representar el drama, y que puede hacerlo, pero excepcionalmente, en condiciones particulares; pues á pesar de su grotesca nariz, tiene cualidades de fuerza y calor y dice bien los versos.

El personaje que debe representar en la obra de su amigo es el de un antiguo mecánico, honor de su oficio, especie de Nestor del arrabal, y este tipo puede acomodarse al rostro poco aristocrático de Jocquelet, quien además ha demostrado su habilidad en caracterizarle. Sin embargo, el actor no está enteramente satisfecho.

Acaricia también el sueño informe y monstruoso á la vez de casi todos los cómicos; desea, como los demás, lo que ellos llaman «un hermoso primer papel,» aunque no se explican con precisión en lo que consiste; pero en su imaginación llena de humo, se diseña confusamente un prodigioso Almanzor que sale á escena en una carretela de cuatro caballos á la Daumont, y se apea presentándose con un pantalón gris, botas de campana y una espetera de condecoraciones. Este personaje, seductor como Don Juan, valiente como Murat, poeta como Shakespeare y caritativo como San Vicente de Paul, debe en el primer acto inspirar un amor loco, frenético, á la primera dama joven, dispersar con el viento de su espada á doce espadachines, dirigir á las estrellas, esto es, á los espectadores del tercer anfiteatro, una tirada de ochenta versos y recoger en los vuelos de su capa á dos niños expósitos.

El «hermoso primer papel» en el curso de la obra debe llevar á cabo cierto número de acciones sublimes, arengar á la multitud desde lo alto de una escalera practicable, insultar cara á cara á un poderoso monarca y arrojarle siempre con botas de campana, en las llamas de un incendio. El ideal sería que pudiese descubrir América como Cristóbal Colón, ganar batallas campanales como Bonaparte y morir en la Cruz como Jesucristo; pero lo esencial es que no abandone casi nunca la escena, que hable continuamente, y que la obra sea una especie de monólogo en cinco actos.

El papel de viejo trabajador ofrecido por Amadeo á Jocquelet, sólo obtuvo de éste, en la primera lectura, una mueca de descontento. No obstante, el actor concluyó por reconciliarse con el personaje, le estudió, le *ahondó*, valiéndose de su expresión, y un día llegó acalorado á casa de Violette:

—Creo que ya he cogido á mi buen hombre,—exclamó.—Le vestiré con un chaleco de tricot, manchado y roto, y una blusa azul muy sucia. Porque representa un viejo conejo de mucho pelo, ¿no es así? Pues bien: en la escena del acto tercero, cuando le dicen que su hijo es un ladrón y él desafía á todo el obrador, al batirse se abri-

rán sus ropas, incluso la camisa, y como yo no soy velludo, me pegaré crêpe gris en la boca del estómago. ¡Ya verás qué efecto!

Reservándose el disuadir á Jocquelet de ensuciarse el pecho para tiempo oportuno, Amadeo ha llevado su manuscrito al director del Teatro Francés, que le ha pedido plazo para examinarle, prometiendo al joven poeta que le dirá en seguida si se compromete ó no á leer la obra al comité.

Amadeo, pues, está lleno de ansiedad, aunque Mauricio Roger, que conoce la obra acto por acto, le haya predicho que será recibida con entusiasmo.

Desde hace un año el hermoso Mauricio se halla instalado en un estudio de la calle de Assas, y hace alegre vida. ¿Trabaja? Alguna vez, por capricho, como voluptuoso que es; y aunque apenas están indicados y aún cuando los abandona al primer acceso de pereza, sus bocetos no carecen de encanto, haciendo más notoria la única preocupación del ardiente joven, que es ¡la mujer, siempre la mujer! pero no en su desnudez completa y sin indecencia como tratan de reproducirla fiel y concienzudamente, con sus defectos y hasta con sus fealdades, los estudiosos aprendices del arte. Por el contrario, al mirar los estudios de Mauricio, se comprende que ha deseado á sus modelos. Su pincel libertino sólo presenta á la mujer medio desnuda, provocativa, pronta al amor.

Si llega á tener talento pictórico, tratará de reproducir el desorden de un atavío amoroso, apenas velando un seno juvenil; será el Fragonard moderno.

Entre tanto, uno de los grandes placeres del oficio es para el sensual Mauricio el ver desfilar delante de él todos aquellos hermosos cuerpos á diez francos por sesión.

No desea á ninguna de aquellas muchachas: es ya descontentadizo hasta el punto de que cuando se desnudan tiene que disimular un gesto de disgusto al ver los tacones torcidos de las botas ó los corsés de crema gris. Lo que le basta y satisface es el tener á su lado sobre la mesa de modelos el cuerpo desnudo y la carne viva. Con la paleta en la mano, habla con la modelo, le recita historias entretenidas, y hace que ella le cuente sus cuitas y sus humildes amores. Cuando vienen á verle sus amigos, lo cual sucede con frecuencia, notan éstos al entrar que la modelo se esconde detrás de un tapiz, poniéndose precipitadamente la camisa; pero la llaman, vuelve á presentarse, y suelen fumar un cigarrillo de Levante en amable compañía.

Amadeo, siempre algo turbado cuando la modelo le pide fuego, generalmente pasa en el estudio ó en la habitación de Mauricio todas las tardes de los días de fiesta.

Allí suele encontrar á Arturo Papillón, que prepara su carrera de política, defendiendo procesos por delitos de imprenta. Aun cuando en el fondo es un liberal muy moderado, aquel joven de correctas patillas defiende á los barbudos más republicanos, si es que lo que él hace merece el nombre de defensa; pues lo cierto es que, merced á los violentos ataques contra el gobierno que el abogado introduce siempre en sus discursos, los acusados suelen ser obsequiados con el máximo de la pena, siendo lo más raro que los mismos condenados están contentísimos de su defensor, pues entre los irreconciliables, una condena política es un título de gloria solicitado y por otra parte muy fácil de obtener. Están convencidos de que los tiempos se aproximan, y de que van á derribar el Imperio, sin pensar ¡ay! en que para esto serán precisas un millón y doscientas mil ballonetes alemanas. Al siguiente día del triunfo se les tendrá en cuenta indudablemente sus meses de prisión, esto aparte de que Santa Pelagia no es *carcere dura*. Papillón, que es hábil y quiere tener un pié en todos los partidos, va á almorzar un día á la semana en compañía de los que le deben su estancia en aquel encierro poco riguroso, y lleva generalmente una langosta como obsequio al prisionero.

Pablo Sillery, que se ha hecho amigo de Mauricio, pasa también muchos ratos en el estudio de éste. El amable bohemio no ha pagado aún su cuenta al tío Lebufle; pero se ha cortado al rape la cabellera, y publica todos los sábados en un periódico elegante crónicas que rebosan mucha chispa y gracia; lo cual, por su puesto, no lo perdonan en el café de Sevilla, en donde los melancólicos reniegan de aquel traidor que se ha pasa-



do al enemigo y sólo es un repugnante y fétido burgués. Si la inquisición de los poetas pudiera hacer ejecutar sus sentencias, Pablo Sillery sería inmediatamente vestido con el «sambenito,» azotado y quemado vivo, ni más ni menos que un judío relapso.

Pablo Sillery no se preocupa de ello, y de vez en cuando se presenta descaradamente en «Sevilla» y obsequia á los miembros del Santo Oficio con una ronda de copas que paga con el dinero de su deshonor.

Algunas veces también se deja ver en casa de Mauricio la cara afeitada de Jocquelet; pero sus visitas no son muy frecuentes, porque el hombre está sumamente ocupado y ha adquirido verdadera celebridad. En los escaparates de los fotógrafos su audaz nariz, reproducida en todas las posturas, de frente, escorzada, de perfil, figura al lado de los clichés más en boga, como por ejemplo, el rostro paternal y venerable del papa Pío IX, ó las piernas internacionales de Mlle. Ketty, la majestuosa hada de calzón de malla de las comedias del Chatelet. Los periódicos citan todos los días el nombre de Jocquelet, tratándole de simpático y eminente, y dedicando largos artículos á su gloria de artista: en ellos ensalzan su gran corazón y refieren de él anécdotas enterredoras, diciendo que cuida á su anciana tía como el mejor de los hijos pudiera hacerlo con su madre, que reparte limosnas y que una noche recogió á un perro perdido. Un artista como él, que ha sacado todo el repertorio cómico del olvido en que se le tenía y que protege personalmente á Molière, no tiene tiempo para ver á sus amigos: es natural. Sin embargo de esto, honra con breves visitas á Mauricio Rogér: el tiempo preciso para hacer temblar con su terrible voz los cacharros y chucherías del aparador, y sobre todo para contar que la víspera, en el salón de descanso de la Comedia, vestido aún con la capa rallada de Scapín se dignó recibir con la más fría dignidad los cumplimientos de una Alteza Real; ó bien que una persona de la alta sociedad, «sí, hijas mías, una mujer de elevado rango,» se muere de amor por él desde hace seis meses en el fondo del proscenio número 6. Dicho lo cual abandona el estudio con poca satisfacción de los asiduos concurrentes á éste.

Amadeo se divierte en el estudio del pintor aficionado, á donde van á charlar artistas alegres y de talento. Allí se ríe y se bromea, y este descanso del domingo es el más agradable entretenimiento para el laborioso poeta. Amadeo lo prolonga todo lo posible, y cuando se quedan solos los dos amigos, tendidos en los almohadones del

diván turco, hablan con el corazón en la mano de sus deseos, ambiciones y sueños del porvenir.

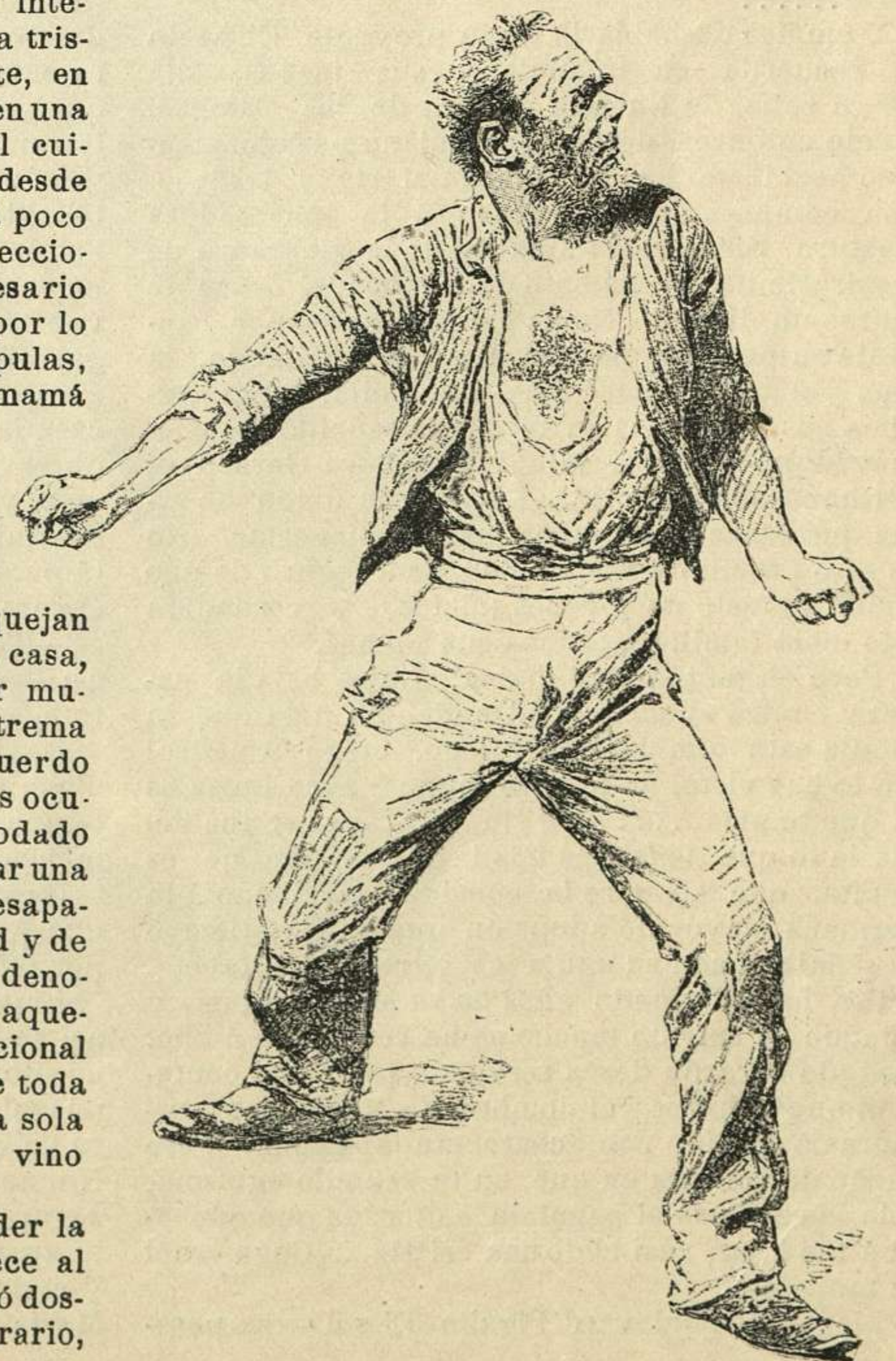
Sin embargo, Amadeo tiene un secreto para Mauricio, nunca le ha dicho que ama á María Gerard. A su vuelta de Italia el viajero preguntó varias veces por aquellas señoras, lamentando cortésmente su infortunio y enviándoles memorias por medio de Violette. Pero habiéndose éste mostrado altamente reservado en sus respuestas, Mauricio no ha vuelto á mentarlas en sus conversaciones. ¿Es esto olvido? Después de todo, apenas conoce á las señoras Gerard; pero á Amadeo no le disgusta el no tener que hablar de ellas, y cuando la linda María le pregunta por Mauricio, responde siempre con cierto desagrado hijo de los celos.

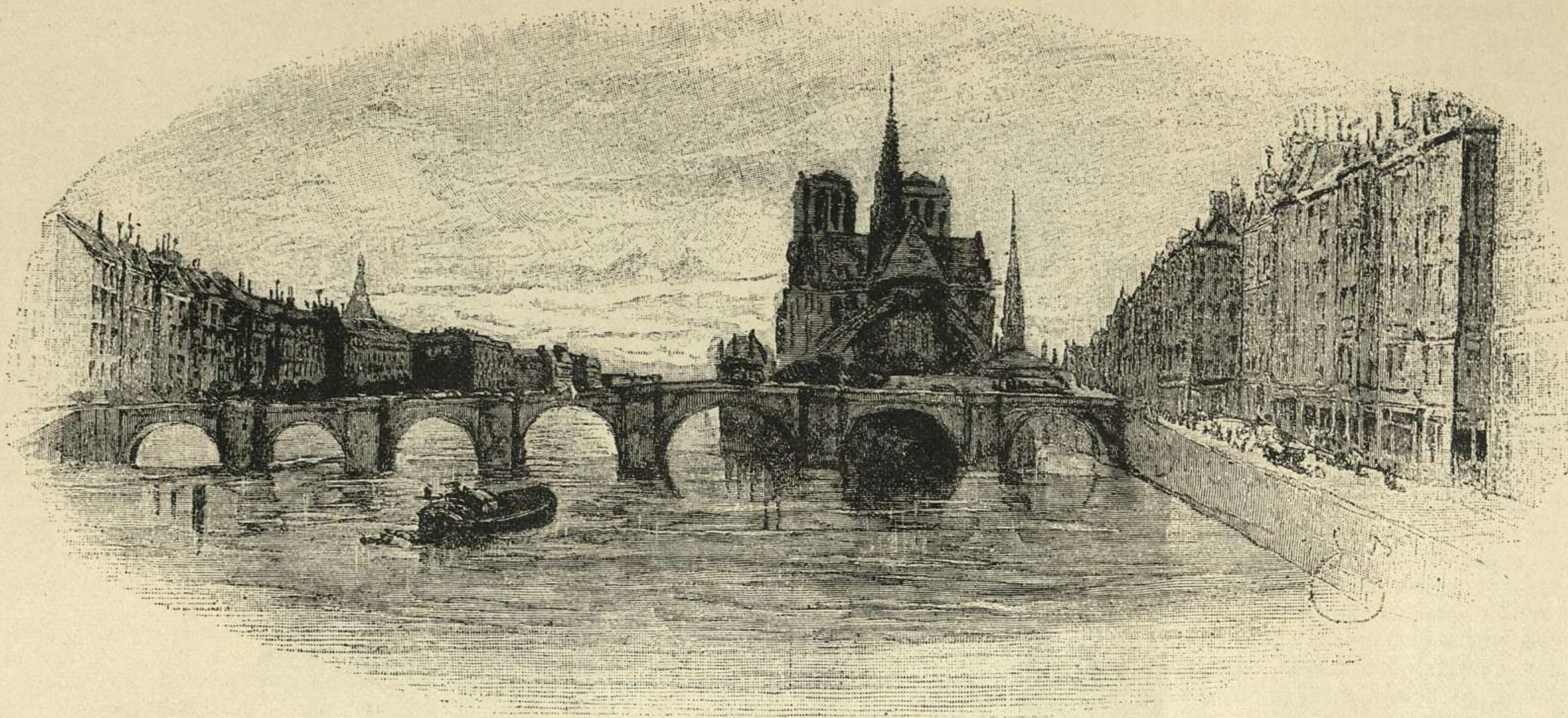
Pero la encantadora María acaba por no interrogarle sobre este particular y se muestra triste, nerviosa y pensativa. Porque al presente, en casa de las señoras Gerard, sólo se ocupan en una cosa, siempre la misma, el vulgar y cruel cuidado de procurarse la subsistencia, pues desde hace algún tiempo vanse deslizado poco á poco por la escalera de la miseria. Ganar con lecciones de piano y una caja de pinturas lo necesario para mantener tres bocas, no es posible, ó por lo menos dura poco. Luisa tiene menos discípulas, el tío Issacar ha disminuído sus encargos, y mamá Gerard, que es ya una anciana, se ve precisada á redoblar sus esfuerzos económicos, á pesar de lo cual no logra que los ingresos cubran los gastos. Amadeo nota todo esto y sufre mucho, aunque las pobres mujeres tienen orgullo y se quejan lo menos posible; pero la decadencia de la casa, siempre de suyo modesta, se manifiesta por muchas señales. Han vendido en un día de extrema necesidad dos buenos grabados, último recuerdo del padre, y el sitio de la pared que aquéllos ocupaban, en donde el papel está menos deteriorado que en el resto de la pieza, parece conservar una sombra un espectro de los caros objetos desaparecidos. Los trajes de luto de mamá Gerard y de sus hijas van tomado un tinte verdoso que denota su vejez, y Amadeo, cuando va á comer á aquella casa los domingos, en vez del pastel tradicional lleva una empanada que á veces constituye toda la comida. Ya no queda en la cueva ni una sola botella, y los comensales tienen que beber vino de taberna.

Cada nuevo detalle que le hace comprender la creciente estrechez de sus amigas, entristece al sensible poeta. En una ocasión en que cobró doscientos francos, producto de un trabajo literario, llamó aparte á la pobre madre y la obligó á acep-

tar la mitad de esa suma. La desgraciada anciana, temblando de emoción y llenos de lágrimas los ojos, le confesó que la víspera habían tenido que empeñar el reloj de pared, único que había en la casa, para pagar á la lavandera.

¿Qué hacer para sacarlas de aquel mal paso, para crearlas una existencia menos difícil? ¡Ah! Si María quisiera, se casarían en seguida, sin más gasto que el de un vestido blanco, como hacen los pobres, y todos vivirían juntos. Los dos mil cuatrocientos francos que él tiene de sueldo, algún billete de mil que suelen proporcionarle sus trabajos extraordinarios y lo que gana Luisa dando lecciones, constituirían un ingreso seguro y casi suficiente. Además procuraría colocar sus originales, trabajaría mucho, y en fin, ya





se arreglarían para pasarlo lo menos mal posible. Ciertamente sería muy grave tomar á su cargo toda la familia: podía, además, tener hijos; ¿pero por ventura no contaba con un comienzo de reputación y con un hermoso porvenir? Si su comedia se representaba, lo que era muy posible, y tenía éxito, todos estaban salvados. ¡Oh, qué dulce hogar, qué hermosa vida de familia la suya si tal caso llegaba! Sí, si María le quiere un poco, como él se obstina en esperar, y se siente con fuerza para estar á todas las contingencias, ésta es la mejor solución posible.

Exaltado por este proyecto, Amadeo se decide á someterlo á la aprobación de la excelente Luisa, en quien tiene entera confianza, y á la que considera como la bondad y la razón personificadas. Todos los martes, á las seis de la tarde, la joven sale del colegio de señoritas de la calle Rochecouart, en donde enseña solfeo; allí va á esperarla Amadeo. Por fin la ve acercarse. ¡Pobre Luisa! Su traje es lamentable, y ¡qué mala cara, qué aspecto de tristeza y de desaliento!

—¿Tú aquí?—dice Luisa sonriendo bondadosamente, cuando él le sale al encuentro.

—Sí, querida Luisa. Toma mi brazo. Y permíteme que te acompañe un poco. Hablaremos andando. Tengo una cosa muy seria que decirte confidencialmente, un consejo importante que pedirte.....

Y empieza á hablarle de su proyecto. El poeta le recuerda su infancia y sus juegos, allá en la calle de Nuestra Señora de los Campos. Desde entonces, desde aquel lejano pasado siéntese hechizado por la pequeña María, y desde joven comprendió que amaba á la encantadora criatura. Siempre ha alimentado la esperanza de inspirarle un sentimiento de ternura, el deseo de unirse un día á él. No ha hablado antes por causa de su pobreza, pero siempre la ha amado, la ama y á nadie amaré más que á ella. Luego explica sus proyectos en términos sencillos y conmovedores: será el hijo de la señora Gerard, el hermano de su querida Luisa, y la unión de estas pobrezas constituiría casi el bienestar. ¿No es esto sencillo y razonable? Está seguro de que Luisa, modelo de jóvenes juiciosas y verdadera jefa de la familia, aprueba sus planes.

Pero en tanto que él habla, Luisa baja la cabeza y mira al suelo, y Amadeo no nota que la infeliz está temblando. ¡Ciego, ciego Amadeo! No lo has visto, no lo verás nunca; pero Luisa es la que te ama..... ¡oh! sin esperanza. Sabe demasiado que tiene más edad que tú, que no es bonita, que siempre la considerarás como á la hermana mayor de adopción que en otro tiempo te señalaba con su aguja las letras del alfabeto. Luisa ha adivinado años ha tu amor á María y aunque ha sufrido mucho se ha resignado á ello. De todo corazón desea servirte; pero esta confesión que le haces, el nombre de María que murmurabas á su oído con acento tan apasionado, ese sueño de ventura en que, en tu sencillo egoísmo, sólo le reservas el papel de solterona que educará á tus hijas, casi el de una criada.... ¡Cuán cruel es todo esto!

Llegan al Boulevard Pigalle. El sol se ha pues-

to, el cielo límpido y sereno se tinte de azul turquesa y el áspero viento de la noche desgaja de los árboles medio secos las últimas hojas del Otoño parisiense, hojas secas carcomidas de polvo.

Amadeo enmudece. Su ansiosa mirada solicita y espera la respuesta de Luisa.

—Querido Amadeo,—le dice entonces Luisa mirándole con sus ojos llenos de franqueza y de bondad,—tienes un corazón bueno y generoso como ninguno.... Sospechaba que amabas á María y quisiera poderte contestar inmediatamente que ella te corresponde, y que de hoy en adelante tú y nosotros formaremos una familia.... Pero, sinceramente, no puedo hacerlo.... Aunque esa querida niña es algo frívola, su instinto de mujer ha debido adivinar tus sentimientos, y no obstante nunca nos ha hablado de ellos ni á mamá ni á mí.... Tranquilízate: en esto no veo un mal presagio: es tan joven é inocente que bien pudiera amarte sin darse cuenta de ello, es posible que tu declaración la entere del estado de su corazón, y estoy segura de que se conmoverá por el amor y por el afecto que profesas á nuestra familia. Deseo con toda el alma, querido Amadeo, que se realicen tus esperanzas.... porque, á tí ya puedo decírtelo, es necesario que inmediatamente nuestra querida María goce de un poco de ventura, pues me traen inquieta desde hace algún tiempo sus horas de profunda tristeza y sus crisis de llanto. Tú mismo habrás notado que la devora el fastidio y no cabe duda en que sufre más que mamá y que yo con la dura existencia que llevamos, lo cual se explica perfectamente. Sentirse como ella, bonita, seductora, nacida para la felicidad, y ver el presente y el porvenir tan sombríos, es cosa que causa pena. Comprenderás pues, amigo mío, cuánto deseo que se efectúe vuestra unión. Eres bueno y amable y estoy segura de que harás muy dichosa á nuestra María.... Pero tú lo has dicho, yo represento en la casa la prudencia. Concédeme algunos días para observar á María, para arrancarle sus confidencias, y si alguna tiene que hacerme, para despertar quizás en ella un sentimiento ignorado, y está persuadido de que tienes en mí la aliada más segura y más fiel.

—Tómame el tiempo que necesites, querida Luisa,—contesta el poeta.—Confío en tí. Todo cuanto hagas estará bien hecho.

Le da las gracias, y cuando se separa de ella al fin de la calle Lepic, la pobre desdeñada siente una amarga dulzura al abandonar al joven sus manos deformes de pianista, cubiertas de guantes reteñidos y demasiado grandes, y al sentir que Amadeo las estrecha con efusión, impulsado por la esperanza y la gratitud.

Luisa quiere y debe hacer este matrimonio, y así se lo dice y repite al subir la escarpada calle, en donde se agita entre las sombras del crepúsculo el tumulto popular propio de aquella hora en que los obreros abandonan sus trabajos. No, no, María no piensa en Amadeo; está bien segura de ello, pero es necesario que á toda costa aparte á su joven hermana de los desalientos y malos consejos de la miseria. Amadeo ama á María y sabrá hacerse amar; es preciso unir á los

dos jóvenes y asegurar su felicidad. Tocante á ella ¡qué importa! Si tienen hijos, ella acepta de antemano sus funciones de tía mimosa y vieja madrina, con tal de que María se deje aconsejar y consienta. Esta, como linda que es, es también algo vanidosa y alimenta alguna loca esperanza, basada en sus veinte años y en su belleza. Todo esto preocupa mucho á Luisa. La pobre joven, cubiertas las delgadas y encorvadas espaldas con su pañuelo negro, olvidando sus propios disgustos y sólo pensando en el bien de los que ama, sube trabajosamente la altura de Montmartre; pero al llegar á la Salchichería próxima á la alcaldía, se acuerda de un encargo de su madre, y como en la existencia de los pobres siempre se mezcla al drama de la vida algún trivial detalle, Luisa, sin distraerse de sus pensamientos, que significan el sacrificio de su corazón, compra dos chuletas empanadas para la cena y hace que se las envuelvan en un papel.

Al día siguiente de su conversación con la buena Luisa, Amadeo experimentó la impaciencia casi dolorosa que sufren las personas nerviosas cuando espera algo que les interesa. Las horas de oficina parecieronle interminables; y á las cinco, para evitar la soledad, fué á casa de Mauricio, á quien hacía quince días que no veía, y le encontró solo en su estudio.

El joven artista tenía un aspecto preocupado, y mientras Amadeo alababa un boceto colocado sobre un caballete, Mauricio con los ojos bajos y las manos metidas en los bolsillos de un chaquetón encarnado, paseaba de uno á otro lado de la pieza sin contestar á las alabanzas de su amigo.

De repente se paró, y mirando á Amadeo le preguntó:

—No has visto estos días á las señoras Gerard?

Desde hacía algunos meses Mauricio no le hablaba de aquellas señoras, así es que, algo sorprendido, contestó:

—Sí, ayer mismo encontré á la señorita Luisa.

—Y....—repuso Mauricio titubeando,—¿está buena toda la familia?

—Sí, todos.

—¡Ah!—exclamó el artista con acento particular, y continuó su interrumpido paseo.

Amadeo experimentaba una emoción desagradable siemdre que oía el nombre de las señoras Gerard en boca de Mauricio; pero esta vez, el semblante equívoco y el tono singular con que el joven pintor le preguntaba por ellas produjeron en el poeta un verdadero malestar. Sobre todo, le impresionó la exclamación de Mauricio, aquel «¡ah!» que parecía tener algo de enigmático. Pero, después de todo, su recelo no tenía fundamento y las preguntas de su amigo eran naturales.

—Pasaremos la velada juntos, querido Mauricio.

—Hoy, imposible,—respondió éste, siempre preocupado, y haciendo resonar bajo sus piés el piso de madera del estudio.—Tengo una cita, voy á una reunión.

Amadeo comprendió que había poca oportunidad y se despidió discretamente. Pero el apretón de mano de Mauricio parecióle más flojo, menos cordial que de costumbre.—(Continuará).

Páginas de la Moda



FIG. 1.—TRAJE DE VISITA DE LA CASA WORTH.



FIG. 2.—TOILETTE DE CASA.

MUJERES Y NIÑOS PERIODISTAS.

De todas las carreras á que con más ardor se dedican las «mujeres nuevas» de que hablábamos hace días, ninguna más socorrida que la del periodismo. Y en efecto, ¿no es ésta la que más difiere de los trabajos de aguja, de cuidar á los enfermos, de la educación y cuidado de los niños y de las demás educaciones reservadas á las mujeres por una especie de tradición! costumbre? Y ¿por qué no habían de ser hoy los hombres los que lavaran y plancharan la ropa, cocinaran y lactaran á los niños, en tanto que las mujeres asistieran á los debates de las Cámaras y de los Tribunales, á las ejecuciones capitales, celebrasen *interviews* con las personas más notables (que serían mujeres, ¡claro!) y dieran cuenta de los *meetings* populares (que también serían de *idem*?)

Esto piensa la «mujer nueva» inglesa, y como donde más puede bullir y exhibirse es en el periodismo, y como la cualidad dominante del sexo débil es exhibirse, el periodismo femenino ha tomado proporciones increíbles en Inglaterra.

Aparte la prensa feminista ó simplemente femenina, los grandes periódicos de Londres y de las provincias inglesas cuentan ya con una multitud de individuos entre sus colaboradores y no para hacer el correo de la moda ni las crónicas para señora, sino para hacer información, sucesos, extractos de las sesiones de las Cámaras, anticipar los resultados probables de las carreras de caballos, etc.

Un verdadero ejército de mujeres periodistas se ha formado ya; «un monstruoso regimiento de mujeres,» como lo llama una mujer de gran sentido moral y de mucho talento, Miss Janet Hogarth.

A este monstruoso ejército ha dirigido Miss Hogarth algo así como una advertencia en la última entrega de la *Fortuighly Review*, advertencia que creemos se debe hacer extensiva á las «mujeres nuevas» de España, poquísimas, afortunadamente, en buena hora lo digamos.

«Pobres hermanas mías, dice en substancia Miss Hogarth á las reclutas del monstruoso regimiento; os habéis alistado en una profesión que no se ha hecho para vosotros; si aún es tiempo, os suplico que escojáis otro.»

Y prosigue:

«¡Si pudierais formaros idea de la situación y de la perspectiva de la profesión de

periodista para la mujer, de su desesperada lucha para llegar, de la necesidad en que se hallan de aceptar los encargos más desagradables! ¡Si conocierais las pruebas porque tiene que pasar el que ha de *interviewar*, los subterfugios sin fin á que se ve condenado el *repórter* mundano.

«Pero habeis oído hablar de una mujer que ha dirigido la política en el Africa meridional, habéis visto en los periódicos diarios artículos escritos por literatas en boga. Más ignoráis un hecho que no me cansaría de enseñaros y de recordaros. Y es que el número de las mujeres periodistas que han llegado en la Prensa inglesa, se podría contar fácilmente con los dedos de una mano.

«Y las cosas no llevan trazas de cambiar. La independencia que se supone como patrimonio del periodismo, las relaciones literarias que se imagina poder alcanzar con dicha profesión, no son menores incentivos para la mujer que para el hombre!

«Y ¿cuál es de los dos sexos el más apto —me decía— para resistir la inevitable fatiga y las deplorables condiciones de higiene de esta vida que de lejos parece tan hermosa?

«No digo que no logre ganar algún dinero, pero será con una especie de periodismo completamente distinto del actual y que no tiene nada que ver con la literatura.

«¿Qué diremos de las desgraciadas *reportrices* que, sin sueldo fijo en ningún periódico, van del uno al otro con noticias penosamente recogidas?

«¿Esta vida es digna de una mujer que tiene instrucción? Habrá puesto en el mundo para unas cuantas mujeres—médicos más; lo habrá en el porvenir, seguramente, mucho mayor que hoy para las mujeres, en los empleos de inspectoras de fábricas, de escuelas, vigilantes de colonias obreras, etc., etc., pero ni hoy tiene Londres puesto para la mujer periodista, ni lo tendrá en mucho tiempo.»

Podrá no haber lugar en Londres para la mujer—periodista, pero en los famosos Estados Unidos, cuna de todo lo extravagante, ridículo y desequilibrado, lo tienen los niños, á creer verídicas las aventuras de un tal Morrisou, periodista de Chicago, muchacho de quince años, el cual creía que debía completar su educación de periodista dando la vuelta al mundo, y así lo resolvió el año anterior.

El día menos pensado se puso en camino con 20 dollars en el bolsillo. Durante todo el trayecto de Chicago á Nueva York, vivió del importe de la información proporcionada á los periódicos de las ciudades por las cuales pasaba, ó bien á los periódicos de Chicago *interviewó* al Presidente de la República americana, á los poderosos reyes del oro de Nueva York.

A cambio de los billetes de ferrocarril, denunciaba los crímenes y los matrimonios á la moda. Como á bordo del barco no podía ejercer el oficio de re-

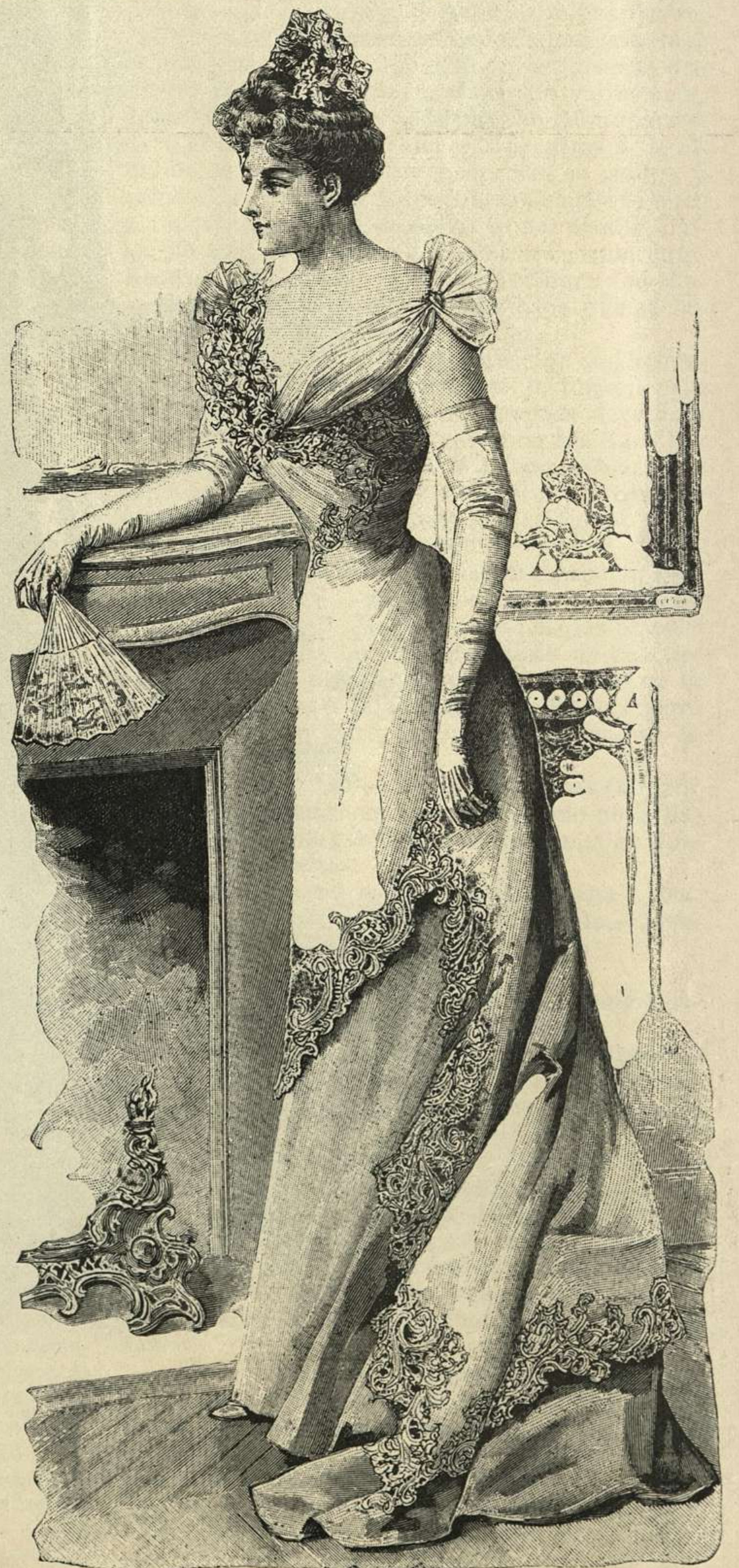


FIG. 3.—GRAN TRAJE DE CEREMONIA.



FIG. 4.—TRAJE DE CASA.

pórtier, se hizo pinche de cocina. Escribiendo, hizo no pocos ahorros en Londres, Suiza, Alemania y Francia.

Por lo que se ve, el porvenir es de la mujer y del niño, no solo en la Prensa, sino en todos los ramos del saber humano, en todas las manifestaciones del ser casi perfecto.

En todo aquello en que el hombre se ha considerado al abrigo de las ingerencias femeniles, se ha metido la mujer. Inventó ese inverosímil aparato que convierte al hombre en una máquina absorbida por completo por su base; las dos ruedas, sin más cuidado que ellas, á ellas supeditándolo todo, aumentación y

plan higiénicos, prescindiendo de todo ejercicio cerebral, y la mujer se lanza también.

A este paso la isla de San Balandrán está próxima.

LA EDAD PROPIA PARA CONTRAER MATRIMONIO

La edad en que, conforme á las diferentes leyes de los pueblos, se tiene aptitud para contraer matrimonio, difiere mucho según los países. Esta variedad no es arbitraria ni resulta del acaso, sino que cada comarca ha procurado en este punto acomodarse á su raza, clima, método de vida y demás circunstancias que aceleran ó retardan la época de la pubertad en ambos sexos. He aquí el cuadro de muchas naciones, para dar una idea de lo que decimos:

En Austria, se considera que los novios que han cumplido catorce años, están en aptitud de fundar un hogar.

En Alemania ningún hombre puede casarse antes de haber cumplido diez y ocho años.

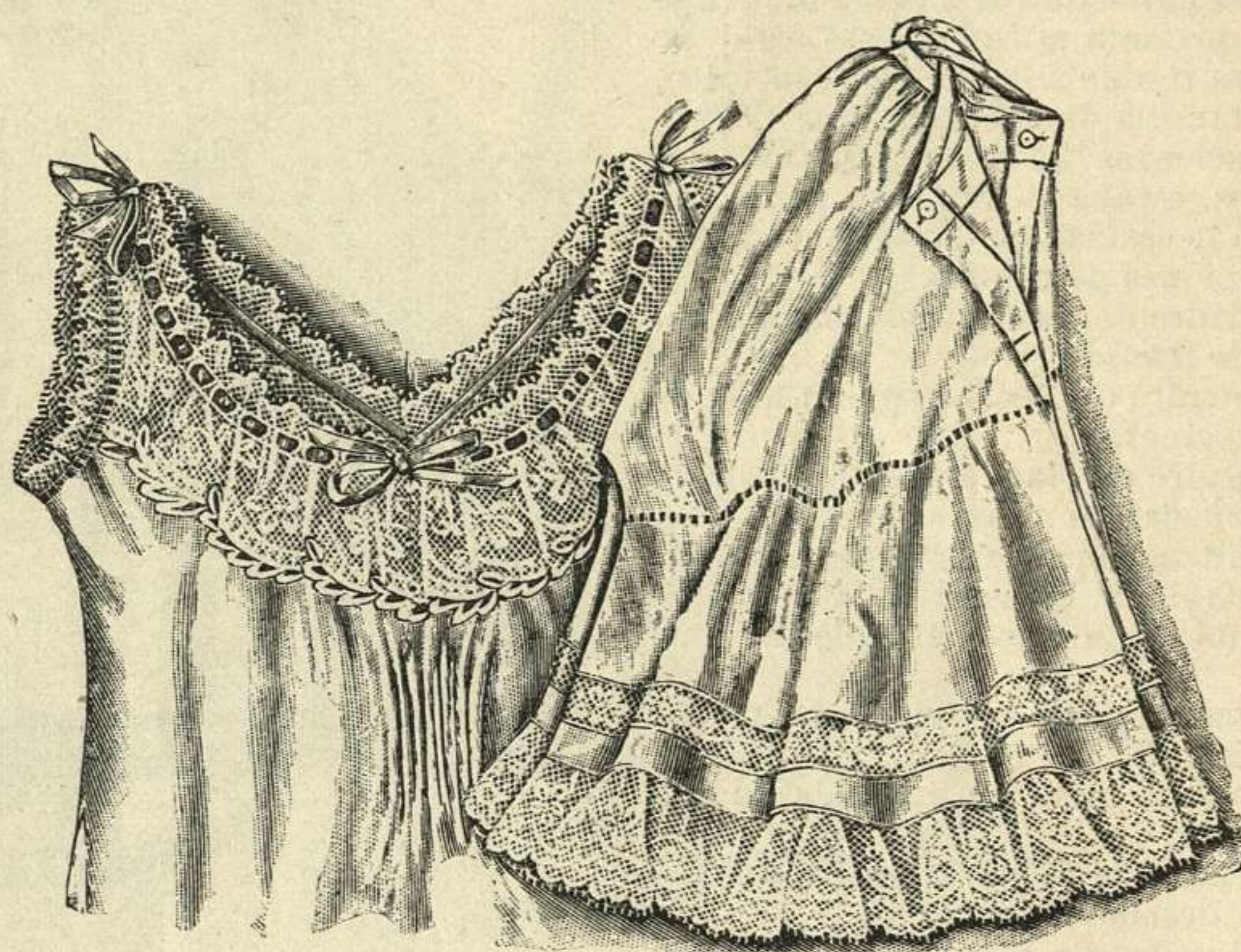


FIG. 6.—GRUPO DE ROPA BLANCA.

En Francia y Bélgica, el hombre debe tener cuando menos diez y seis años y la mujer quince, para que pueda haber matrimonio.

En España, Grecia, Suiza, México y muchas repúblicas Sudamericanas, la aptitud legal para casarse empieza á los catorce años para el hombre y á los doce para la mujer.

A los católicos de Hungría, se les exige la misma edad que en España para que puedan celebrar el himeneo; pero los protestantes no lo pueden hacer si no ha cumplido diez y ocho años el varón y quince la prometida.

En Rusia y Sajonia son más sensatos, y no se permite el matrimonio si el esposo no ha cumplido catorce años y dieciseis la mujer. Estos pueblos son los únicos que exigen mayor edad en la mujer que en el hombre.

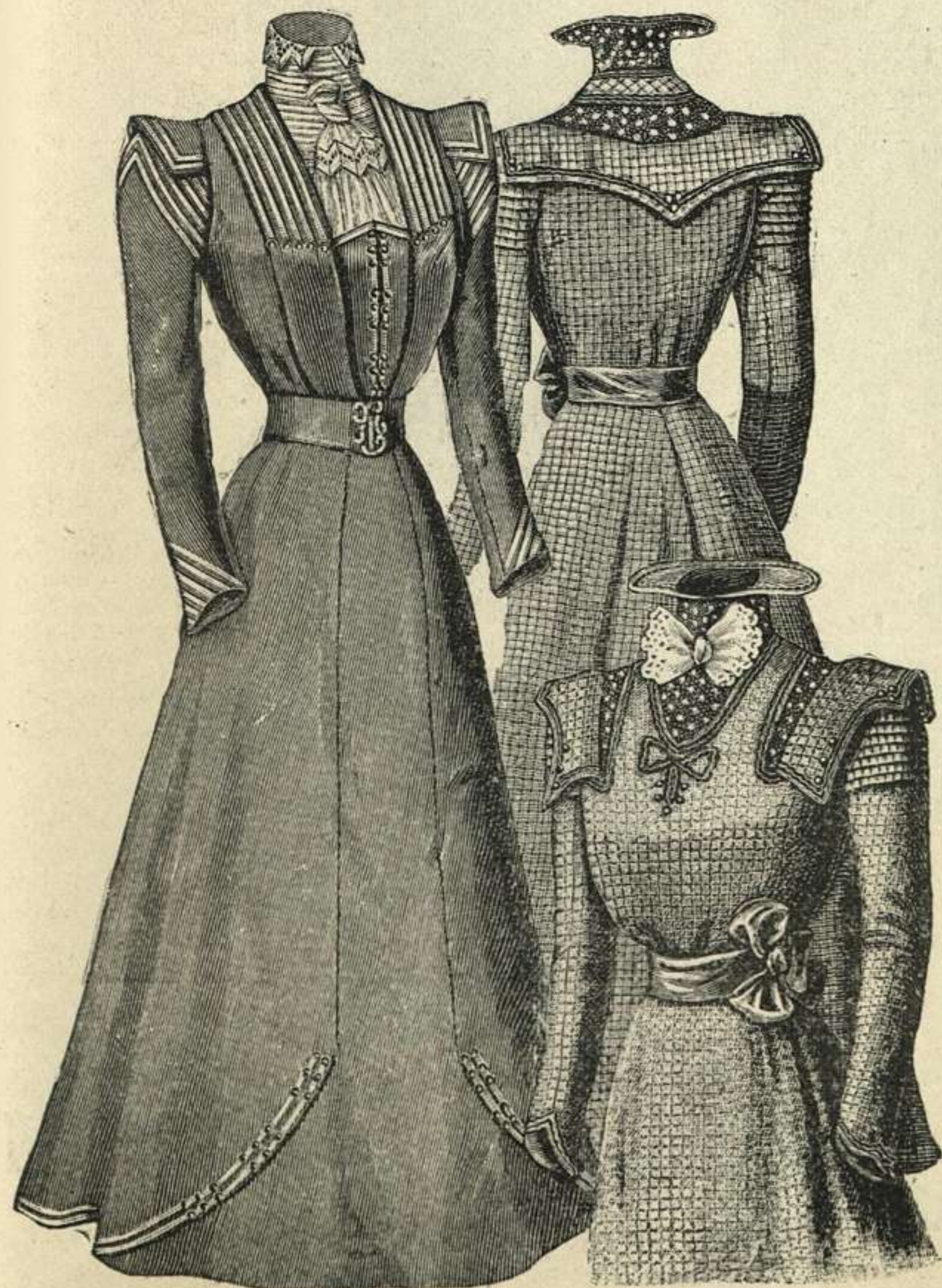


FIG. 5.—GRUPO DE TOILETTES DE CASA.



FIG. 7.—TRAJE DE VISITA.

En la India puede casarse una niña que haya cumplido los ocho años de edad.

La ley Turca ordena que se permita el matrimonio á toda joven ó niña que pueda andar y que comprenda la ceremonia religiosa para el caso.

ORIGENES HUMILDES.

Cristina Nillson, cantaba por las calles.

Renny Lind, fué una aldeana.

Campanini, sirviente.

Brignoll, cocinero.

Nicolini, cantinero.

Si Rossini no le hubiese dado una instrucción artística á la célebre Alboni, la primera mitad de este siglo no hubiera tenido aquella gran contralto.

La familia de los Bach, que durante doscientos años produjo músicos ilustres, estaba siempre tan pobre que tenían necesidad de darse mutuamente lecciones de música.

El padre de Balfe, vivía en una cabaña de Irlanda.

La madre de Beethoven era hija de una cocinera.

El padre de Hadyn fué un fabricante de ruedas de carretas.

Mientras el padre de Gungl tejía medias de lana, éste aprendía á cantar y escribía su música de baile tan hermosa.

Paganini nació y vivió en la mayor escasez.

Schuman pasó su infancia en una imprenta.

El padre de Liszt ocupaba un pequeño destino de Gobierno.

Y el padre de Wagner era también empleado en un pequeño tribunal de policía.



FIG. 8.—GRUPO DE TOILETTES PARA DAMA Y PARA NIÑOS.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—TRAJE DE VISITA DE LA CASA WORTH.

Está ejecutado con materiales muy ricos. Es de cachemira crema pesadamente bordada. El cuerpo y la falda se abren sobre un chaleco y una falda inferior de terciopelo. Cuello fantasía de satén bordado. Mangas con sobremanga de satén también, la cual deriva graciosamente del cuerpo. Cinturón de raso.

FIG. 2.—TOILETTE DE CASA.

Gran toilette de satén gris acero adornada en la falda, en el cuerpo, en el cuello y en la manga, de losanges y medios losanges de terciopelo. Blusa muy ceñida y cerrada á la izquierda por brandeburgos.



FIG. 9.—TRAJE DE CASA.

Cinturón de seda acordonada con broches de strass y elegante escarcela de seda. Cuello estilo Ducal.

FIG. 3.—GRAN TRAJE DE CEREMONIA.

Está hecho de satén blanco y de satén crema, formando una túnica recortada al frente y que cae elegantemente en la parte posterior, hasta muy cerca del límite de la falda, orlada de blonda antigua.

El cuerpo lleva una elegante drapería y está orlado en el escote por una aplicación de tul.

FIG. 4.—TRAJE DE CASA.

Gran falda de tul toda avolantada. Delantal redondo de muselina de seda, orlado á la derecha de una gran guía.—Justillo de tul obscuro ceñido á la derecha por un broche de strass. Tres grandes ahuevados surgen de él y encuadran una camisola plissé.

FIG. 5.—GRUPO DE TOILETTES DE CASA.

Dos elegantes toilettes, la primera de sarga seda pasa, muy sencilla, adornada con cintas paralelas, cuerpo jaquette, abierto sobre un chaleco bajo y camisola de batista. La segunda de seda escocesa á cuadros, formando cota de maya con jocquey del mismo estilo y pequeño peto figurado. Delantero y espalda.

FIG. 6.—GRUPO DE ROPA BLANCA.

Ultimos modelos para damas, de muy buen gusto y gracia especial.

FIG. 7.—TRAJE DE VISITA.

Gran falda de punto de seda figurado, sobre la cual cae una bellísima túnica de tul, de corte recto. Blusa hecha del mismo tul. Plastrón y mangas de punto de seda, todo sobre fondo de terciopelo obispo.

FIG. 8.—GRUPO DE TOILETTES PARA DAMA Y NIÑOS.

Un froc de seda para niña de dos años, figurando un cuerpecito de plissés alternados con patas de seda.

Toilette de señora de sarga perla, con cuerpo hermosamente asolapado, cubierto de una drapería de blonda y abierto sobre una camisa de tul figurada.

Toilette para niña de ocho á diez años de lainaje gris obscuro figurado, montando plissés corridos.

Trajecito para niño de tres ó cuatro años, compuesto de una blusita marinera y de un pantaloncito ajatado.

FIG. 9.—TRAJE DE CASA.

Hecho de sarga de seda, formando una jaquette bordada, muy abierta sobre una camisola completamente oculta por una gran corbata de seda blanca orlada de blonda.

Falda con bordado delantero, cinturón del mismo género.

La solapa asciende formando un hermoso cuello princesa.

FIG. 10.—MODELO DE PEINADO.

Un elegante modelo de peinado, para teatro recepción, que recomendamos á nuestras lectoras.

Otro pago de \$3,000 00 de "LA MUTUA"

EN EL PARRAL, ESTADO DE CHIHUAHUA.

Timbres por valor de \$3.00 debidamente cancelados.
Recibi de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la cantidad de [\$3,000.00] tres mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 588,912 bajo la cual y á mi favor estubo asegurado mi finado esposo, Don Arcadio Fernández, y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en el Parral, Estado de Chihuahua á los veinticuatro días del mes de Enero de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmado.—Luz M. Vda. de Fernández.

Un timbre de \$0. 50 es. debidamente cancelado.
Manuel Gómez y Salas, Notario Público en ejercicio, certifico que la firma que antecede es de la señora doña Luz Martel Vda. de Fernández, y la misma que acostumbra usar en todos sus negocios.
Hidalgo del Parral, Enero 24 de 1899.

Firmado.—Manuel González, N. P.—Rúbrica.



FIG. 10.—MODELO DE PEINADO.